

INFIELES

Ana Arzoumanian

Lo irrespirable asesinado

de tu cuerpo, la estática región

Luis O. Tedesco

“En la maleza”

Un poema como cartografía. Un espacio textual donde cohabiten los que veneran. *Infieles*, cuando un imperio cae. Cuando se deshacen los modos imperiales y nace una república. Cuando para formar parte de un tiempo se limpian los cuerpos de las minorías. *Infieles*, en el momento anterior a desaparecer o a convertirse, conviviendo en un territorio mientras escuchan los llamados a la oración. Poema salmodiado, poema y cantilación. Las cursivas corresponden a citas del libro sagrado El Corán en la traducción al castellano de Juan Vernet, editorial Austral, Barcelona, 2010, y son reproducidas con el respeto que merece el libro de fe.

Cuando hablo de mi vida ya no cuento esta versión.

Carolyn Forché

“El país entre nosotros”

Está prohibido, a un pueblo que hemos destruido, el que sus habitantes regresen.

Compré unos cuchillos labrados en la feria de artesanías. Al llegar a la aduana el oficial me dice: en la valija usted tiene unas dagas. Me pide el pasaporte para marcarlo. Le hablo en turco y le contesto que son regalos. Me deja pasar.

Tiene una daga en la valija. Debemos marcar su pasaporte porque está prohibido, a un pueblo que hemos destruido, el que sus habitantes regresen. No me dice esto último. Esta frase es una oración con la que mi padre sueña.

Tengo unos cuchillos labrados que he adquirido en la feria de artesanías de Ereván.

Cuando mi padre estaba en el hospital, producto de la anestesia, deliraba. Al acercarme a visitarlo me decía: “los enfermeros vienen con cuchillos, tienen ojos tatuados en sus frentes. Los enfermeros son turcos”.

Está prohibido, a un pueblo que hemos destruido, el que sus habitantes regresen.

Voy a Estambul. Hacia la Nueva Roma. Hacia los azulejos decorativos. Hacia la alfombra para el rezo, el servicio del café y los banquetes a la turca. Voy hacia la tradición de comer de las bandejas en el piso. Voy hacia el cristal en el protocolo otomano. Voy hacia una isla sin serpientes ni escorpiones venenosos.

Todo el mundo es una morada, pero Sultanahmet es una cárcel.

Entre la mezquita de Sultanahmet y la Ayasofya construida mil años antes. En una de las siete colinas, el palacio de justicia desaparecido por el fuego en el año 1933. Una prisión luego de la ocupación de Estambul por las fuerzas aliadas.

Voy hacia ese sonido de los pasos diciendo: Allah nos sabe, cada vez que se cerraba las puertas de las celdas por las noches.

Está prohibido, a un pueblo que hemos destruido, el que sus habitantes regresen.

Nunca fui su habitante.

Quiero decirte: lastimame. Me toco el cuerpo, no lo reconozco. Las manos. El dedo. El pulgar. Le pido el pulgar mientras se lo chupo. Luego la mano. El dedo. El pulgar. Mirame las manos, le digo. Está morada. Fijate. Las manos. Mirame las manos.

¿Se deformaron?

Está prohibido, a un pueblo que hemos destruido, el que sus habitantes regresen.

Tengo unos cuchillos en la valija. Unos cuchillos que no son dagas, que he adquirido en la feria de artesanías de Ereván.

Lastimame.

Su mirada fija. Su mirada que no ve. Sus ojos absortos que no ven. En el momento de perder, de acabar. De volcarse, tanto. De soltar. Cuanto más pierde más da. Me sube sobre su vientre. Desnuda sobre su vientre. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste así? Lento. Más lento. Comer. Atar. Golpear. Adorar. Absolutamente afuera. Yo todo afuera. No puedo amamantarte porque no sos mi hijo.

Mordeme hasta que la sangre se haga otra cosa. Lo primero que haré cuando me levante es ir a buscar una cucharita. Una de mango largo.

El banquete a la turca. Una cucharita, no un cuchillo, el filo deshecho de eso que no es una daga en mi valija.

Tengo que marcar su pasaporte.

Y yo hablo en turco.

Hablo en turco. No le digo al oficial de la aduana: escupime. No le digo, Allah nos sabe, cada vez que se cierran las puertas de las celdas por las noches.

Todo el mundo es una morada, pero Sultanahmet es una cárcel.

Escupime.

Y vos desnudo sobre mí, pasás tu lengua en salivas.

Escupime.

Entonces, me mirás, escupís. Yo disemino con las manos tu saliva por mis pechos, las piernas. Me miro las manos ¿Deformadas? No te pregunto ¿están deformadas?

Cuando todo estuvo listo, me dijo: cuando quieras hablar, tan solo tenés que mover los dedos. Y abrió el grifo. El agua fluía por todas partes, hacia la boca, la nariz, por toda mi cara. Pero durante un rato, todavía podía respirar.

Contraje la garganta.

Le miro el miembro. Y yo con los ojos de las aves a los costados veo distancias y no profundidades.

Allah nos sabe, cada vez que se cerraban las puertas de las celdas por las noches. Yasar Kemal, novelista, Nazim Hikmet, poeta, Sabahattin Ali, novelista, todos en la cárcel de Sultanahmet. En todo lo que no es mundo, no es morada.

Y acuérdate de Noé, acuérdate de David y Salomón, acuérdate de Job, de Ismael, acuérdate del dueño del Pez, de Zacarías y de aquella que conservó su virgindad.

Todos volverán a nosotros.

Pero está prohibido, a un pueblo al que hemos destruido, el que sus habitantes regresen.

Trato de resisitir a la asfixia manteniendo el aire en mis pulmones todo el tiempo que puedo.

Los dedos de ambas manos me tambalean.

Va a hablar, dijo una voz.

Le hablé al oficial de aduana en turco. Y él: “Merhaba¹, bienvenida a Turquía”.

No desposéis a los asociadores hasta que crean. Una sierva creyente es mejor que una asociadora, aunque ésta os guste. No desposéis nuestras hijas con los asociadores, hasta que crean. Un esclavo creyente es mejor que una asociadora, aunque éste os guste.

Pone su sobretodo debajo de mis rodillas, me dice: ahora sí. Sostiene mi cabeza con las manos para que en el movimiento no me golpee con la pared. Ahora sí.

Proclamación del Único.

Dios uno sin compañero.

No desposéis hasta que crean.

Una sierva es mejor.

Aunque le guste.

El serrallo. El manto que se cruza por delante sin abrocharse.

Todo hombre lleva al nacer el germen del Islam. El ejército fiel a la persona del sultán integrado por extranjeros convertidos.

La leva de niños y adolescentes para formar parte del cuerpo de infantería. Bajo un entrenamiento riguroso, los servidores del Gran Señor.

La leva de niños y adolescentes fieles a la persona del sultán.

El manto que cruza sin abrocharse.

Todo hombre lleva al nacer el germen del Islam.

Rasgándose el pecho, con los brazos clavados de flechas para mostrar la sangre a sus amantes.

Gente de la casa de Osmán.

La cárcel de Sultanahmet es un hotel. Al entrar al cuarto, la pantalla del televisor anuncia: Welcome to Mrs. Arzoumanian.

¹ Del turco, saludo de recibimiento: hola

Bienvenida.

Los servicios del hotel en todo aquello que no es morada, es cárcel.

Vine a Estambul para buscar al hijo de mi abuela.

El hijo de mi abuela no es mi tío.

¿O habrá sido una niña?

No desposéis a las asociadoras hasta que crean. Una sierva es mejor.

Alojada en el Sultanahmet que no es una cárcel y es un hotel; lejos del Gálata y la ciudad de los infieles.

Está bajando el sol, camino por la plaza alrededor de las mezquitas, allí los giradores, nadadores que se arrastran por un río de éxtasis.

Los jenízaros, el ejército fiel a la persona del sultán, integrado por extranjeros convertidos. Servidores del gran Señor.

Vine a Estambul a buscar al hijo de mi abuela.

El hijo de mi abuela no es mi tío.

Todo hombre lleva al nacer el germen del Islam.

¿O es una hija rasgándose el pecho, con los brazos de flechas clavadas para mostrar la sangre a sus amantes?

No algo abandonado.

El robo.

¿Cómo podremos escapar? ¿Cómo escaparemos sin padre, sin madre, sin descendencia?

No algo abandonado.

Si quemás azufre el azufre pesa más después de prendido fuego. El azufre se pega con las partículas de oxígeno como el fósforo; pesa más.

Me saca la mano.

Me saca la mano el dedo.

No puedo poner mi mano mi dedo entre sus nalgas mientras voy lamiendo.

Me duele dice.

Me duele.

Yo descubro los huesos del cristo de Holbein. Lo miro extendido, así desnudo desde abajo. Los huesos. La caja torácica.

No desposéis nuestras hijas con los asociadores, hasta que crean. Un esclavo creyente es mejor.

El manto que se cruza por delante sin abrocharse. Mis caricias ahondando la caja, el tórax del cristo de Holbein.

Me saca las manos. Me duele, dice.

La cárcel de Sultanahmet es un hotel. En las valijas tengo unos cuchillos que compré en la feria de artesanías de Ereván. Unos cuchillos que no son dagas.

En el palacio de Topkapi se encuentra la sala de armamentos de los sultanes. El guía se acerca, me aclara: las armas de esta sala son solo ornamentación; los sultanes no las usaban.

No las usaban repiten los jenízaros, el ejército, el cuerpo de infantería bajo el entrenamiento de rigor, servidores del gran Señor.

Un esclavo creyente es mejor que un asociador.

Vine a buscar a un hijo.

Me sienta en el diván. Él se arrodilla. Abre las piernas. Me empuja hacia la pared. Su miembro a la altura de la boca. Me ahoga. Los músculos de mi cuerpo se esfuerzan para detener la asfixia. El cristo de Holbein abre el grifo. El agua fluye por todas partes: hacia la boca, la nariz, por toda mi cara.

Me abre la boca. Me pone su saliva adentro.

Naufragar.

El hundimiento. En otros tiempos se cortaban el cabello y se colgaban del cuello piezas de oro para despertar la piedad de quienes iban a dar sepultura a los hundidos.

Naufregar.

El Bósforo, un estrecho que separa la parte europea de la asiática. Anadolu². Una garganta que une el mar de Mármara con el mar Negro. El transporte, el pasaje. Se atravesaba en balsas de odres con cuero de buey. Partir de Anadolu y tener un sello en el pasaporte que diga: sin retorno posible.

Naufregar.

El amor a las mujeres, los hijos, caballos de raza, animales domésticos se ha hecho para los hombres. Eso es el goce de la vida mundanal, pero junto a Dios está la hermosura del retorno.

Sin retorno posible dice el papelito encuadrado con la foto de mi abuela, con sus manos como remos navegando por el estrecho donde flotaban balsas de cuero de buey. ¿Alejarse, de cuál patria, para no poder volver?

El goce de la vida mundanal, pero junto a Dios está la hermosura del retorno.

Fui a Estambul para buscar al hijo de mi abuela.

El hijo de mi abuela no es mi tío.

¿O habrá sido una niña?

El oficial de la aduana me detiene: no puede pasar, usted necesita visado. Mira mi nombre dice, los armenios deben tener visa expedida por su país para poder entrar a Turquía. Yo le respondo, soy argentina. Sella la hoja de entradas. Firma y sella.

Paso.

Un lugar al cual no poder regresar. No hay vuelta atrás. Lo miro le grito: ayudame ayudame. Él se queda quieto. Me mira fijo a los ojos, le pido que me mate de una vez, que estoy muriendo. Sentada sobre él. Sos mi putita, dice. Toda mi putita. ¿Sentís? me pregunta. Vení. Vení.

Te estoy amando.

Amame.

² Del turco, Anatolia

Miro su pierna. Busco la sutura, la herida. No es la pierna del hijo de mi abuela, herido al borde de la balsa, el cuero de buey, el naufragio.

A media lengua, pronuncio el nombre de mi padre.

Fui a Estambul a buscar al hijo de mi abuela. Llevo en una libretita la dirección de la casa . En el callejón. La callejuela. Le pregunto al taxista, al soldador, la peluquera, al recolector de basura. Antes había una iglesia aquí, me dicen. Un barrio de griegos, de armenios. No me dicen, de infieles. Una casita de madera, medio destruida. Ahí la veo a ella, cerrando la puerta, dejando atrás a su hijo que no es mi tío. El niño llorando. El niño lastimándose. El niño rezando: *pero junto a Dios está la hermosura del retorno.*

Y por todos lados, el mar.

Naufragar. Porque navegar es preciso, no, vivir. Aquellos que iban hacia Armenia, tachados de comunistas si volvían.

La luz en las pestañas. Yo arriba de él mirando el tamiz de luz que se distiende debajo de sus ojos que se hacen lágrimas. Él, un hombre paridor cogiendo con todo el mar de su cuerpo. Un rombo de vellos alrededor del pubis y otro más pequeño a la altura del ombligo. Mido la distancia de su ombligo hasta el cuello, el talle que se extiende desde el codo a mi mano. Lo acaricio.

Y los que se quedaron.

Porque algunos no tomaron la balsa. Algunos, los vecinos de la casita de madera en la callejuela, cerca de la iglesia destruida, en el barrio de griegos, de armenios; se quedaron. Somos ciudadanos de segunda, aclaran. Ni siquiera ciudadanos; somos considerados extranjeros. Acusados de ser extranjeros que podíamos colaborar con el enemigo, me dicen.

Pasa su lengua. La deja justo allí. Me besa el culo. Abrí las piernas para mí, me pide. Abrilas más.

Naufragar.

Un pedazo de madera.

Del arca.

Adentro.

Adentro una montaña al revés. Una cima hacia adentro. Hacia adentro, restos del diluvio. Restos, y nosotros sobreviviendo.

Cuando quieras hablar, tan solo tenés que mover los dedos, dijo. Y abrió el grifo. El trapo se empapó rápidamente. Me lleva al África. Y África es vaciarse de palabras.

Pero junto a Dios está la hermosura del retorno.

Olor a mar, a algas, a frutos acuáticos.

Una pollera de Guatemala y el cuerpo desnudo. Tus tetas, susurra, y las besa. Yo le sostengo la cabeza con mis brazos. Chupa los pezones. Intento ver una gota de leche entre sus labios.

Mi lengua acariciando su lengua, pronunciando las letras de su saliva.

Una pollera de Guatemala. El mercado de Chichicastemango. El museo de piedras, la pequeña capilla, el calvario, el taller de máscaras por el camino arbolado que va cuesta arriba.

Eso es el goce de la vida mundanal, pero junto a Dios está la hermosura del retorno.

El sello en el pasaporte de mi abuela: sin retorno posible, y el hijo en la casita de madera del barrio rezando: *¿tendría un hijo cuando tiene lo que está en los cielos y en la tierra? Dios basta como garante.*

La noche de año nuevo. En el balcón. Luces, fuegos artificiales, música armenia turca griega. Ella cuenta, me cuenta: a los quince años la vistieron de varón, le quitaron los aros, le ataron el cabello, le pusieron una gorra y la mandaron a Kaiseri. Ahí, escondida durante unos meses. Luego, hacia Estambul. Un día va a comprar un pavo para navidad. Una mujer pasa por la calle, le dice al vendedor ambulante: *¿qué vendés? si todo lo que tenés en el carro es nuestro. Son nuestros los pavos, nuestro el carro, y nuestro el dinero que llevás en el bolsillo. Ella vuelve a su casa sin comprar nada. Piensa: tenemos que irnos de aquí.*

Dios es un dios único. ¡Loado sea! ¿Tendría un hijo cuando tiene lo que está en los cielos y en la tierra? ¡Dios basta como garante!

Después de morirme, lo primero que vi fue tu cara.

Lo acaricio. Levanto la mirada; los ojos las manos los ojos. Junta saliva. Mira mi boca, desliza su saliva en mi boca. Otra vez. Trago su saliva. Le pido más.

¿Sos mía? me pregunta. Dilata los ojos. Los abre.

Hay una niña en Aleppo, parada en la escalera. El fotógrafo, el efendi³, toma la imagen. Yo, la niña huérfana. Yo, con los brazos cruzados a la cintura, la mirada perdida, los colchones abarrotados.

Él, quieto adentro, entre las piernas, adentro.

Mordeme, le pido, para no decirle: haceme un hijo.

Dios es un dios único. ¡Loado sea! ¿Tendría un hijo cuando tiene todo lo que está en los cielos y en la tierra? ¡Dios basta como garante!

Las marcas de los dientes en mi brazo.

Se os declaran ilícitos: la carne de animal que haya muerto, la sangre, la carne de cerdo, la carne de animales muertos asfixiados por golpes, despeñados o corneados.

La presión de la sangre en su miembro.

No flotar en el aire. Un vacío. Fuera de la órbita terrestre. Hacia abajo. Hacia arriba. Adentro, él. Yo, en Aleppo, la niña huérfana. Yo, en lengua otomana escrita. En lengua otomana hablada.

Los deberes de la hospitalidad.

Éramos los otomanos cristianos. Los cristianos turco parlantes de Anatolia.

El persa era la lengua culta, y el árabe se usaba para enseñar teología o la ley islámica.

Éramos los otomanos cristianos y la frontera otomana eran los Habsburgo. Y la tierra no pertenecía a los campesinos, pertenecía al Sultán.

El sultán otomano sunita vencedor del chiita shah de Irán.

³ Del turco, el señor

Las casas de los cristianos otomanos no podían ser tan altas como la de los musulmanes. Ni tan coloridas.

Dios es un dios único. ¡Lado sea! ¿Tendría un hijo cuando tiene lo que está en los cielos y en la tierra? ¡Dios basta como garante!

Vinieron a requisar las armas.

¿Tendría un hijo cuando tiene lo que está en los cielos y en la tierra?

Soldados del ejército espartano. No los atenienses. Los espartanos. Esos más extranjeros. Esos que tenían otro idioma. Otras madres. Esos sin escudo. Esos que estudiábamos tan vencidos. Esos que no hablaban.

¿Sos toda mía? me pregunta.

Sí.

Sí.

Cierra los ojos, grita. Su grito parece de dolor, pero son todos los espartanos que saltan sobre un caballo que dicen es troyano pero está en Turquía.

Me toma la mano. La besa. La da vuelta. Se la pasa por los ojos.

Nos mezclamos.

Contra aquellas de nuestras mujeres que cometen fornicación, buscad cuatro testigos de entre vosotros. Si dan fe contra ellas, mantenedlas cautivas en las habitaciones hasta que las llame la muerte.

Primero le enseñan al niño a hablar y luego a callar.

Escondiéndonos.

Escondiéndonos.

Escapándonos de cada uno de nosotros.

Cristianos otomanos.

Escribir en qué lengua, con qué palabras. El alfabeto persa, el árabe, lenguas para jugar al ahorcado.

Vartán Pachá escribe “Historia de Akabí” en lengua turca. Escribe “Historia de Akabí” en lengua turca con caracteres armenios. Vartán Pachá escribe la primera novela turca.

Al principio fue el sombrero por el fez. Después, el alfabeto y el calendario. La Turcia, ese espacio de la lengua que iba desde los Romanov hasta los Habsburgo, se disolvía. La lengua del hombre enfermo de Europa buscaba aliados. Los aliados tachaban todos los signos persas, griegos, armenios.

A

B

C

D

Escribir en turco con caracteres latinos. Escribir en turco, en los documentos, sobre las montañas: “feliz el que se dice yo soy turco”

A

B

C

D

En caracteres latinos, una oda que los niños recitan en los colegios:

soy turco honesto y trabajador

mi principio es proteger a los más jóvenes y respetar a los mayores

juro amar a mi patria y a mi nación más que a mí mismo.

Pintar sobre las montañas del sudeste la sangre que corre por la oda de los alumnos.

No es un juego de niños. No hay una palabra o un código de seguridad que permita detener al torturador antes de que alcance el punto de dolor soportable.

Tengo una mala noticia.

¿En qué idioma? ¿Con qué letras la escribiré?

Mejor no la escribo.

Mejor la digo. La digo en voz alta o la susurro. La voy diciendo a quien pueda escuchar:

a la mujer violada no la mataron.

La mujer violada tuvo su hijo, su cría.

Ella no mató a su niño.

A ella, no la mataron.

La mujer violada es mi abuela.

Tengo una mala noticia: su hijo

no murió,

y todavía vive

entre ellos.

El día en que preguntemos al Infierno: ¿estás lleno? Y responde ¿hay más?

Lavar la lengua.

La red de lavanderías que se utilizaban para esconder la procedencia ilícita del dinero conseguido por actividades criminales. No el lavado del dinero, el lavado del lenguaje.

La primera categoría de los suplicios es la degradación. Moisés, por orden de dios, despoja de su vestidura pontifical a Aarón condenado por su incredulidad.

La primera categoría de los suplicios es la degradación.

No todas las mujeres violadas murieron.

La cabeza y los dedos del papa que había usurpado la sede de Roma y que habían servido para hender su autoridad, son arrojados al Tíber.

Tatuar el cuerpo de una malinche sin habla.

Cuando dio a luz, dijo: “Señor mío: he dado a luz una hembra- ¡Dios sabrá mejor que ella lo que había dado a luz!- el varón no es como la hembra. Le pondré por nombre María. A ella y a su descendencia les pongo bajo tu protección frente al Demonio lapidado”.

Hijo de la mancillada. Crucificado.

¿Quiénes somos?

¿ellos, quiénes son?

A

B

C

D

Escribir en caracteres latinos:

estos infieles son así, se apoyan entre ellos, por eso perdimos.

En el colegio, en la calle Zambak de Taksim hay dos policías en la puerta. Dos policías en la puerta del colegio Özel Esayan. ¿A quién protegen? ¿De quién?

Nos damos la vida y hacemos morir.

Quizás lo que nos une, es que ni él ni yo tenemos madre. No porque no hubiera mujer con vientre preñado que nos hubiera parido, sino porque no hay, como no hay cuando se pierde algo.

Desconocidos, no teníamos de nosotros la idea de quién, cómo, dónde.

No teníamos madre. Aunque no éramos huérfanos.

Qué leche habremos bebido de quién los dos, perdidos.

Una madre es un cuento sobre una madre, una canción. Una madre es una película sobre una madre, una mujer aborígen pariendo. Una madre es mi abuela yéndose de Constantinopla, sola y sin hijo.

Cuando dio a luz, dijo- Señor mío: he dado a luz una hembra- ¡Dios sabrá mejor que ella lo que había dado a luz!- el varón no es como la hembra. Le

pondré por nombre María. A ella y a su descendencia les pongo bajo tu protección frente al Demonio lapidado”.

Pongo mi manos sobre su vientre. Yo ahí desde tan abajo lo miro, pienso: podría acunar a mi hijo aquí. Levanto la vista, pienso: cuando él saque su miembro de mi boca, ya no podré hablar. Él llevándose las palabras.

¿Sois vosotros los que sembrais o somos Nosotros los sembradores?

Los treinta centímetros de la mirada del niño. Los treinta centímetros más allá de los cuales el niño no ve. Él y el cuerpo de su madre.

Y no ver más.

Vos.

Yo.

Eso es no hablar.

Volver a la infancia. Atrás. Más atrás.

Le cuento cómo es. El color del glande, su volumen. Él mira mis ojos buscando el reflejo del color, pero es mi boca la que pronuncia su nombre en la forma de la piel. La ola de su mar chupa mis pezones. Él chupa mis pezones y yo que no floto, me arrastro.

Le agarramos, junto con sus ejércitos, y le echamos al mar.

Rezar al borde del agua. Ruinas. Bloques de cemento. Hungría, Bulgaria, algo abandonado.

Levanto la cabeza entre las olas. Me dice, tomá, comé, comela linda, comé. Se entrega.

Me subo sobre el hueso de sus ojos, y me muevo ahí. Cuanto más me muevo, su hueso excava más.

Nunca cogí con un perro.

Cuando acaba, todo él se derrumba. Cae sobre mí. Ruinas. Bulgaria, Hungría, bloques de cemento.

¿Habeis visto lo que eyaculáis?

Me incendia. Dibuja sobre mi cuerpo con el fuego que apaga. Con el incendio sofocado, escribe.

No te vayas.

Quiero decirle, no te vayas. Aunque debería poder decir: no me dejes dañada sin tu pija. No me dejes sin la justicia de tu carne, tu cuerpo moviéndose lentamente, tus manos en mis nalgas.

¿Habeis visto lo que eyaculáis?

Ocupa toto el espacio.

Ininterrumpidamente.

Lo incesante.

Un escalofrío.

Un murmullo.

De quién, de qué animal el sexo que toma la forma de mi vacío, si yo nunca cogí con un perro.

Mostrándonos totalmente desnudos, cara a cara en ese desvío. Me acerco. Lo beso como excusa para olerlo. Huelo el fondo de su miembro, paso la nariz como un hocico que huele y lame.

Se trata de amarnos.

Otra forma de nombrar el sostener o el aguantar para ver quién destruye a quién.

Lo supe cuando no podías pararte.

Me alivié, me dije, fue él, fue él; él quedó lastimado hoy.

No tendría nombre falso.

El padre del hijo de mi abuela, un turco. ¿o habrá sido kurdo?

Poncio Pilato es el personaje que intenta aportar claridad con una sola pregunta:

¿cuál es el nombre verdadero?

Nosotros sabemos perfectamente lo que dicen. Tú no tienes medio de forzarles a creer.

Poncio Pilato se dirige a Jesús.

¿Qué es la verdad?

Entro a un negocio de collares, de prendedores en el barrio de las mezquitas. Pregunto el precio de una pulsera de plata opaca con unas monedas antiguas. El vendedor me mira, se queda en silencio. Repito la pregunta en un turco que voy pronunciado lentamente. El vendedor no me dice el precio. Para qué, me contesta, usted no usará esto en su tierra.

En el país de los negociantes, el vendedor no quiere que me lleve su pulsera. Me mira a los ojos, abre la puerta de su local, me despide.

¡Cuántas generaciones anteriores a la nuestra hemos aniquilado!

Cuando todo estuvo listo, me dijo: cuando quieras hablar, tan sólo tienes que mover los dedos.

La argolla, el poste, el pilar.

El collar de hierro de cadena larga.

Y un rey en Occidente alegremente anunciando por los pasillos de sus palacios “sabed que el cuerpo de un enemigo muerto no huele nunca mal”.

Ejecutar.

Los padres pegaban fuerte a los jóvenes y a los niños el día que se firmaba un acto para grabarles el hecho en la memoria.

Recordar.

El padre del hijo de mi abuela, un turco.

El padre del hijo de mi abuela, ¿a quién habrá pegado para grabar en la memoria el origen turco del niño?

En 1934 se promulgó la ley de apellidos que obligaba a que todo el mundo tuviera un apellido familiar, heredado de padres e hijos; junto con el cambio del calendario, la adopción del sistema métrico y la reforma de la lengua.

Eligieron para nombrarse accidentes geográficos, topónimos, oficios, animales, metales, adjetivos.

Era un mundo sin apellidos el de mi abuela, uno de títulos familiares, académicos, religiosos.

Polat. Oyilmaz. Gunes. Nagas. Karasu. Erol. Aslan. Kircos. Yadi. Kol. Calhicioglu. Yapur. Demir. Aydn.

Prohibido los apellidos de las minorías, excluidos expresamente las terminaciones -ian.

Poncio Pilato es el personaje que intenta aportar claridad.

¿Cuál es el nombre verdadero?

Le pongo las manos a los lados del cuello. Mido. Aprieto. Otra vez.

Sus dedos sobre el vientre. Más abajo como si no tocara la piel sino el interior hamacado de hijos. Miro su boca. Hipnótica en sus labios entreabiertos. Adentro. Desciendo. Bajo hasta encontrar su miembro. Voy lamiendo las alas hasta sentir su grosor. Desciendo más. El pubis recién afeitado y el vaivén sobre su pierna. Los pechos sueltos y mi boca llena de ojos deslizándose hasta el anillo que late.

Tendrán las frutas que escojan y la carne de pájaros que deseen.

La pena capital dejó de ser un castigo y fue un freno. El que se casaba con la hija del verdugo sucedería a su suegro.

¿Habría sido una hija la descendencia de mi abuela?

Busco al esposo de la hija de ella. Lo encontraré por la argolla, el poste, el pilar.

Polat. Oyilmaz. Gunes. Nagas. Karasu. Erol. Aslan. Kircos. Yadi. Kol. Calhicioglu. Yapur. Demir. Aydn.

Poncio Pilato es el personaje que intenta aportar claridad con una sola pregunta.

¿Cuál es el nombre verdadero?

El gusto por la conservación y la caligrafía hacía que no hubiera interés por los libros impresos.

Buscar la huella de la mano que ha pegado para impactar en la memoria de los jóvenes, del niño.

La palabra de dios llevada en cuidadas copias manuscritas, transportadas con ávido mérito religioso. La palabra de dios no podrá estar sujeta a duplicaciones.

Poncio Pilato se dirige a Jesús.

¿Qué es la verdad?

La imprenta, una invención cristiana.

Libros cómplices.

La mecánica de reproducir textos e imágenes sobre papel: aplicar una tinta oleosa sobre una pieza metálica para transferirla al papel por presión.

El hijo de mi abuela, una tinta oleosa.

Buscaré la presión si no encuentro el papel. La prensa, la argolla, el pilar.

¿En qué relato, después de esto, creerán?

El libro impreso llega del extranjero y la extensión de la lectura no es considerada buena.

Controlar a los copistas. Perseguir a los cabeza roja que no son los indios americanos, son los leales a Irán.

Menciono la traición.

Se hace silencio.

Entre los comensales hay un traidor.

Las siete cartas de amor de la sultana Hurrem a Suleymán el Magnífico escrita por eunucos.

Variaciones de intensidad, de grado, de velocidad. Un grado de calor como un individuo compuesto por varios individuos.

Los casaremos con mujeres de ojos rasgados.

Yo arriba moviéndome, pidiéndole que se toque. Movete así, le digo. Él se masturba debajo de mi cuerpo que se ondula. Cruzo mis manos por debajo. Me masturbo sobre su cuerpo que se masturba debajo del mío que tiembla. Lo miro. Sus ojos buscando como un péndulo hacia un lado y hacia el otro algo en mí.

Nunca tan dulce. Destila pulpa de mango, pulpa de frutos tropicales, maduros, extraños. Una pulpa blanca disolviéndose en una pulpa blanca.

¿Cuál es el nombre verdadero?

Sos mi putita, dice. Y mi manera de ordenarle, de pedir, vení que te rocío el miembro con agua fresca, acostate, paratemi esclavo.

¿Cuál es el nombre verdadero?

Polat. Oyilmaz. Gunes. Nagas. Karasu. Erol. Aslan. Kircos. Yadi. Kol. Calhicioglu. Yapur. Demir. Aydn.

La película de miel que rodea el cristal de azúcar moreno, o rubio. El *shakar*⁴ prieto, el jugo de caña. Las plantas con tallos hasta cinco o seis metros entre nudos alargados, dulces y jugosos y duros, desnudos abajo. De los frutos de la tierra, las aceitunas, la caña del sureste asiático y su expansión musulmana al continente europeo.

Luego de la cosecha se pasa bajo unos cuchillos desmenuzadores para, más tarde, ir al molino.

Se machaca la caña fresca.

Al molino, el jugo de su tallo.

Los cuchillos que traigo desde Ereván no son dagas, no son cuchillos desmenuzadores, no sirven para vender guarapo en Cuba.

Dios trae el Sol desde Oriente. Tráelo tú desde Occidente.

Le compra un vestido a su hija. Yo sueño que voy a su casa a buscar una túnica.

⁴ Del armenio, azúcar

Anadolu⁵.

Anatolia.

La tierra llena de madres. De madres viudas. De madres solas.

Afearse. Ponerse unos vestidos negros holgados, hasta el piso. Unos vestidos negros con florcitas blancas, unos vestidos de mangas largas. Debajo, unos corpiños especie de vendas que aprietan los pechos.

Afearse.

Afearse como rechazar la mirada sediciosa del sexo del varón.

Anadolu.

Tengo miedo de quedarme ciega. Miedo de abrir los ojos. Recuerdo las tardes de siesta, el tedio, las tardes interminables y los relatos de Anaïs Nin. Él acababa en su rostro.

Me corre la cara. Una lluvia torrencial en los ojos y temo abrirlos y estar ciega. Me restriego el rayo.

Veo.

Un fragmento de roca espacial. Un rayo luminoso de luz intensa, verdad de una velocidad sincera a los ríos más profundos que nacen del volcán. El agua le grita al volcán. El agua de lava descende y grita.

Dios trae el Sol desde Oriente. Tráelo tú desde Occidente.

En el molino usaban animales, ahora son estaciones móviles.

La molienda y la cuchilla desmenuzadora del cuerpo.

Coagular la sangre en su miembro.

Vos mi perra, dice. Me lleva hacia la pared, me empareda.

Mi perro, digo.

Cuelgo al animal de unas sogas hechas de cuerdas de piano. La soga común, por su peso, cae inmediatamente y se quiebra. La cuerda de piano

⁵ Del turco, Anatolia, región llamada también Asia Menor, ocupada actualmente por la parte asiática de Turquía.

corta lentamente la piel y llega a la tráquea despacio. La sangre gotea, por la presión, corta la tráquea, no la rompe; asfixia.

Si los encuentras en la guerra, dispersa con ellos a los que vienen detrás suyo: tal vez mediten.

Coagular la sangre en su miembro.

¿Quién sos?

No me digas quién sos, porque mientras no me entero, te arañó para sacarte la piel, verte por dentro; lo averiguo mordiéndote hasta hacer de tus ojos pomos de tinta y yo apretando, haciendo deslizar el color de los ojos por tu cara.

No atestiguaré.

Los baños públicos. Las mujeres, las toallas con puntillas, las maderas, el mármol de madre perla.

Las mujeres se juntaban, o bien en los baños, o bien cuando visitaban las tumbas. Llevaban mermeladas y dulces hechos de frutas.

Anadolu.

Cinturones tejidos con copiosas monedas y el gesto con el que se movían, esa gran modestia que se observa en lo oscuro de sus ropas.

No afearse.

Hacerse enteramente invisible.

El agua le grita al volcán, el agua de lava descende y grita. Una lluvia torrencial en los ojos.

Miedo de haber quedado ciega.

Las no musulmanas se vestían como las otras.

Mi abuela usaba velo como las musulmanas.

El libre por el libre, el esclavo por el esclavo, la mujer por la mujer.

Asiye Hatun no se contentaba con visitar las tumbas y escuchar recitados religiosos. Ella escribe. Sus cartas están en la biblioteca de Topkapi.

Telas. Alfombras. Kilims. Y las madres del sultán en las habitaciones contiguas.

Anadolu.

Una cultura textil. Brocados, terciopelos, pisos cubiertos por alfombras donde nadie entraba sin quitarse los zapatos.

Yo entro al sueño y me pruebo los vestidos que él compra a su hija.

Les quitaremos jardines, fuentes y tesoros y una magnífica residencia.

Las mesas eran desconocidas. Comían en bandejas de cuero, de madera, de metal, en el piso. En el baño, linternas de color azul y mármoles de Egipto.

La Sultana no es mujer.

La Sultana es la madre del Sultán. Guardiana de la dinastía familiar, la que domina el serrallo. Kadin Efendi⁶ no es una mujer; es la esposa del Sultán, ayudante de la Sultana.

Golpea con tu bastón el mar.

Escuché su lentitud. Escuché el resentimiento. El vértice de su voz haciéndose áspera, queriendo destruir. Escuché el callo. Lo que quiere arrasar.

Golpea con tu bastón el mar. Éste se abrió. Cada lado parecía un gran monte.

Simplificación.

Purificación.

¿Dónde busco el significado de estas palabras? Ningún diccionario en lengua otomana.

Mi abuela volvería a la casa donde vivía. Pediría entrar, pasar al jardín, juntar tierra. Se traería la tierra para que después de las paladas yo le tire esa tierrita sobre el cajón, su cuerpo.

Quizás hubiese ido hasta la iglesia que estaba allí, detrás del muro que la escondía. Hubiera entrado y se hubiera dirigido al cuarto de atrás. Hubiese

⁶ Del turco, maestra de las mujeres

visto el cadáver desnudo sobre la mesa de mármol, listo para ser lavado. Lavado como lo hacían ellos.

Golpea con su bastón el mar.

Con su miembro adentro. Mi pubis roza tu pubis. El roce deviene borde en las montañas, un desplazamiento hacia el mar. Nubes en el aire, agua marina, iceberg en los océanos, glaciares y ríos de montañas, acuíferos subterráneos. El agua disuelve sustancias, el sabor del deshielo. Las ondas capilares, esa tensión causada por la tensión superficial, y moverse por un tubo estrecho en contra de la fuerza de gravedad, perder la fauna marina.

No tener el cuerpo.

Abandonarlo.

Irse.

Irse a vos y no poder volver.

Me pasa la mano por la cara que ama como si quisiera borrar, como intentando volver a dibujarla. Su diente perfora la lengua, no muerde.

Lento.

El movimiento de la tierra, de rotación, de traslación. El movimiento de la luna, del agua. ¿Sentís a todas las mujeres que te aman?

Acaba.

¿Sos mío?

Adentro.

El mar se alivió. Cada lado parecía un gran monte.

Se levanta las manos sobre los hombros, con las palmas hacia atrás, reza.

Cruza las manos sobre el pecho con el brazo derecho siempre sobre el izquierdo, reza.

Se inclina de pie hacia delante con las manos sobre las rodillas, reza.

Hay cuerpos, y hay personas.

Él es un hombre que es un cuerpo.

Amo el cuerpo de él que es un hombre.

Quienes descreen se asemejan al ganado, al que llaman, pero que no oye sino voz y grito. Sordos, mudos y ciegos no razonan.

Me cocina.

Toma una olla. Limpia los langostinos. Pica unos dientes de ajo; perejil. Vierte aceite de oliva. Se acerca, huele. Agrega el ajo. Vuelca los langostinos; el perejil. Abre con la navaja un tarro de pimentón mientras me cuenta cosas. Me cuenta cosas descalzo. Su camisa a rayas fuera del pantalón. Adivino el cuerpo que recién amé. Nadie nos ve. La cocina tiene sus ventanas tapadas con hojas de diarios. Poesía oral, dice uno de los artículos. Busco la fecha.

Quiero violentar esta escena.

Apaga la cocina. Sirve el plato. Busca dos copas. Es mi cumpleaños. Acaricio sus cejas como si fuera mi hijo.

Las madres amamantarán a sus hijos dos años completos.

Llamar a las cosas por su nombre.

Busco al hijo de mi abuela. El hijo de mi abuela habrá cambiado su apellido.

¿Cómo será el hijo de mi abuela si, para seguir vivo, tuvo que destruir parte de sí?

Con las manos sobre los hombros. Con las palmas hacia atrás; nacer, le digo, como nacer. Luego del estruendo de las pieles, el batirse de los cuepos. Carne contra carne restregándose, abriéndose, saliendo. Me mira lento. Me mira suave. Es nacer, y él me recibe.

Si desean destetar antes del plazo, no cometen pecado.

Un lugar donde solo mis hijos.

Ahí adentro.

Hasta más adentro.

Abraza ese sitio y escucha una música, una voz mía; no mi voz, la voz que busca la cría.

Las madres amamantarán a sus hijos dos años completos.

Nombrar las cosas por su nombre.

Perder.

Perder la guerra.

La lengua.

El fez.

El velo.

El nombre.

Las fechas.

¿Cree el hombre que no reuniremos sus huesos?

Perder la ciudad.

El sultán.

El fin de la Primera Guerra Mundial.

La guerra de Liberación contra Grecia.

La caída del Imperio.

El esposo de mi abuela: soldado.

La salvación por la sangre.

¿De quién?

La declaración del domingo como día de descanso.

El domingo, en lugar del Viernes.

Un nuevo reloj.

El lenguaje del Sol.

¿Cree el hombre que no reuniremos sus huesos?

El esposo de mi abuela: soldado. Y el ejército, la escuela del pueblo donde los jóvenes aprendían a leer y a escribir.

El esposo con sombrero en la ley de distribución de la tierra.

Llamar las cosas por su nombre.

Él cae. Cae, no de costado. Cae sobre mí, buscando atravesar el cuerpo. Ser mi cuerpo.

El dedo. Su dedo en las vísceras. A ver cómo jadea, me dice, con su dedo en las vísceras.

Se levanta las manos sobre los hombros, las palmas hacia atrás, reza.

Cruza las manos sobre el pecho con el brazo derecho siempre sobre el izquierdo, reza.

Se inclina de pie hacia delante con las manos sobre las rodillas, reza.

Hay cuerpos, y hay personas.

Horizontales.

Mirándose entre sí.

La última cena.

Hay piedra de la que salen ríos, hay piedra de la que, una vez hendida, sale agua.

La ocupación aliada de Estambul y la necesidad de conmemorar.

Poner nuevas fechas. El día de la soberanía nacional. El día de los niños y el Hidirellez celebrando la primavera y el hijo de mi abuela recitando un poema en la escuela.

Coge cuatro pájaros, acercalos a ti y despedázalos. A continuación pon parte de ellos en cada monte. Después llámalos: te vendrán con premura.

Sentada con unos almohadones a la altura de la cabeza. Él sentado en mi regazo, sentado desnudo en mi regazo. Se levanta, me da de mamar.

Hay piedra de la que salen ríos, hay piedra de la que, una vez hendida, sale agua.

Le hablo de Cristo, del lienzo apenas tapándolo. De ese triángulo vulnerable, de ese lugar de hijos.

El hijo de mi abuela recita como si rezara:

Recuerda.

No éramos más que un puñado de personas.

El mundo devino nuestro enemigo y fuimos vencidos.

Ellos saben que el viejo turco ha muerto.

Ellos creen que el viejo turco ha muerto.

Todo turco luchó, hombre, mujer, y niño.

El turco se cobijó del acero con su pecho.

Aprende esto:

no dejes que otros toquen tu tierra,

no dejes que los sentimientos que están dentro tuyo sean arrullados,

no olvides esta lucha por la liberación.⁷

Una lectura cantilada o recitación.

Era Malatya. Era 1935.

El esposo de mi abuela en el frente. Antes del poema. Antes de Malatya. El esposo de mi abuela muerto en la guerra. Era lo que debía ser.

Su madre, la viuda, se volvió a casar con su tío.

Una lectura cantilada o recitación

No temas la persecución y no te asuste el mar.

La sorprendió el parto junto al tronco de una palmera y exclamó: Ojalá hubiera muerto antes de esto y tuviera la memoria totalmente perdida.

Desde su seno, escuchaba: *no estés triste, tu señor ha puesto a tus pies una corriente de agua. Sacude el tronco de palmera que te dará dátiles tiernos.*

⁷ Poema que los niños de escuelas primarias de Turquía recitaban en días de celebración nacional

Mi abuela tocaba su vientre.

Ojalá, decía, ojalá; junto al tronco de una palmera y su esposo muerto y su hijo naciendo y casada nuevamente con el hermano del soldado.

Come. Bebe. Alégrate. Escuchaba mientras sacudía el tronco y maldecía.

Faltaban unos meses para cumplir dieciseis años. Yo. Era seis de enero, en la televisión pasaban una película de guerra. Me fui a dormir. Lloraba. Al día siguiente me desperté sangrando. Fue mi primera regla.

Malatya. 1935. El hijo de mi abuela recita: Recuerda, recuerda.

Una perla de leche en mi pezón.

Nos encontramos en lo oscuro. Por primera vez de noche. Apaga todas las luces. Abre las cortinas de la ventana. Me besa despacio. Se desnuda. Me desnuda. Su saliva. Se escupe la mano. Pasa su mano por mi cara. Se escupe en la mano. Pasa su mano por mis pechos. Se escupe. Pone sus dedos adentro de mi boca.

Toda la historia de la pintura estaba en esa luz. Él Rembrandt, él Caravaggio.

No huyáis. Volved a vuestros domicilios. Tal vez vosotros serás interrogados.

Tomalo.

Me da su sexo.

Arrancámelo.

Mordelo.

Llevátelo.

Me toco. Algo corre entre las piernas.

Me besa.

Él arriba abajo, me besa, abajo.

Le paso la mano como una madre a un niño. Él medio dormido, su sexo todavía tenso. Le paso la mano, un líquido terroso. Como un niño. Lo limpio. Él se sienta y se mira.

El esposo de mi abuela: canonizado. El hermano, la madre, la tía, el sobrino: canonizados.

¿Cómo será descender de los santos?

Sangrecita fresca y ningún olor. Flexibles. La piel tersa.

Desde el vientre, el hijo de mi abuela pregunta ¿quién es mi padre?

Y ella respondiendo:

No te hablaré de amor.

Todos los hombres nacidos entre los años 1880 y 1885 han de presentarse en la oficina de reclutamiento en las próximas cuarenta y ocho horas. Quien omita este deber será procesado.

¿Y eso qué quiere decir, Hovhannés? le preguntaba ella.

Entregaban una bandera otomana a los reclutas mientras tocaban fanfarrias ahogando el llanto de las mujeres.

Los animales carnívoros o extraños al hombre como las fieras salvajes, las serpientes, los peces, las aves de presa no eran inmoladas. Se escogía siempre los más dulces, los más inocentes, los que mayor relación tenían con el hombre por su instinto y sus costumbres.

Yo podría no amarte.

El reclutamiento, ¿qué es Hovhannés?

Señor, ten piedad. Una iglesia nacional. Danos a nuestro mundo libertad, y a los enfermos, cura. Señor, ten piedad, a todas las cosas tu santa trinidad. Señor, ten piedad. Una iglesia nacional cantaba a la patria, suplantaba los versos y decía: a mi patria amor y unidad.

Los animales carnívoros extraños al hombre no eran inmolados, se escogía siempre los más dulces.

¿Qué es el reclutamiento?

Podría

no

amarte.

¿Quién es más hermoso al hablar que aquel que ruega y dice: yo estoy entre los sumisos?

Los gladiadores que llegaban a derramar la sangre se llamaban fogueros porque vertían la sangre alrededor de la hoguera.

Fuimos un pueblo fiel al Sultán.

Llegan y lo interrogan ¿de qué millet⁸ es usted?

Él oculta la marca azul sobre su mano debajo del puño de la camisa.

¿Por qué ocultás tu brazo, Hovhannés?

Hubiésemos puesto en sus casas puertas y lechos, en ellos se apoyarían.

Señor, ten piedad. Jesús protector, ten piedad de nosotros.

Hovhannés; tu mano.

La mujer que ha sido estéril durante mucho tiempo ofrece a su dios el niño que acaba de traer al mundo abandonándolo a las aves de presa o a las fieras.

Sustituír la palabra súbdito por la de ciudadano.

Tenían casas hechas de madera. El fuego devastador terminó por destruirlas. Los cuartos que durante el día servían de comedor, de noche se convertían en habitaciones. Los almohadones se usaban para sentarse. Los almohadones se perdieron con el fuego.

Los animales extraños al hombre no eran inmolados.

Podría

no

amarte.

⁸ Del turco, pueblo, nación, jurisdicciones étnico administrativas en las que estaba dividido el imperio

Arroja a la llama las primicias de la comida. Si se trata de algo sólido, se lo quema; si es un líquido, se derrama; si es un animal, se lo mata.

¿Quién es más hermoso al hablar que aquel que ruega y dice: yo estoy entre los sumisos?

Pues todos los que participan de una misma víctima son un mismo cuerpo.

Busca la redondez del culo; golpea. Una serie de ondulaciones circulares excitadas en el aire. Su mano golpeando la superficie del agua golpeada en un punto como esa palabra que llega, entra en cada boca y se multiplica al infinito sin dividirse. Su golpe, su mano, mi piel.

Podría no amarte mientras te acaricio el rostro.

¿Por qué escondés tu mano en el puño de la camisa, Hovhannés?

Hubiésemos puesto en sus casas puertas y lechos, en ellos se apoyarían.

¿De qué millet es usted?

Oigo la pregunta ¿de qué millet es?

Y él: Viva el Sultán, Viva la República, Viva el Gazi⁹.

El *gazi*, el guerrero de la fe, el guerrero victorioso de la fe, el líder, el militar, el que lleva el nombre del padre de Osmán.

Vení. Afeitame. Antes de que llegue el guerrero, el *gazi*, el victorioso con su esposa, Latife Hanim¹⁰ a la escuela de Mersin. Que me vean limpita después del reclutamiento.

Lo tomo como una madre a un niño. Él medio dormido, su miembro todavía tenso. Le paso la mano, un líquido terroso. Como un niño, lo lavo. Se mira.

¿Cómo tendré un muchacho si no me ha tocado un mortal y no soy una prostituta?

Se pone de espaldas. Yo me adhiero a él. Fricciono. Busco su pija con la mano. Desde atrás. Me muevo. Como si intentara penetrarlo.

⁹ Del turco, guerrero

¹⁰ Del turco, señora, doña

Al diván, me sube las piernas. Me besa. Pasa su lengua: el culo, la vagina, la carnecita viva.

Tienen sexo para producir la herida.

Para arrojar a las llamas las primicias de la comida si es líquido, lo derraman; si es un animal, lo matan.

El reclutamiento ¿qué es?

Acaricio esa parte del cuello que va de un omóplato al otro. Una hendidura. Recorro esa especie de pozo de carne mientras él jadea sobre mi cara, busca el hueso de mi cara, aprieta mi cara hasta ahí. Ese es el animal; ha guardado un hueso en mi hueso.

Hubiésemos puesto en sus casas puertas y lechos, en ellos se apoyarían.

La funcionalidad técnica de la muerte.

Golpéanos antiguo esclavo nuestro, haznos sentir vergüenza, no nos dejes dormir, despiértanos.

Entregaban una bandera otomana mientras tocaban fanfarrias.

Se acercan a él ¿de qué millet es usted? Y él cubre su mano.

No alcanza que ocultes ese dibujo azul, Hovhannés, además, tendrías que callar.

Cualquier individuo de la República, cualquiera sea su fe, que hable en turco, crezca bajo la cultura turca, y adopte los ideales tucos es turco.

Teníamos todos los requisitos para hacer triunfar los movimientos nacionales, salvo uno: no nos hallábamos en un solo lugar, éramos dispersos.

Quienes creen han emigrado. Para quienes creen y no han emigrado, no tendréis relación de ninguna clase hasta que emigren.

Y vos y tu marca cerca de la Sublime Puerta. Vos en la toma del Banco Otomano. Vos enterándote de Libia, de Albania, de Macedonia, liberadas. Vos pidéndome: es preciso venderlo todo si queremos salir con vida de esto.

No hables, Hovhannés, tu lengua te delata.

Se ha decretado la movilización general, a las armas todos los hombres aptos.

Huir. Pero dónde ¿cómo evitar la calle sino hacia el interior?

Los dedos en la pared. Dos dedos. Uno más abajo. Una mano soportando la fuerza de su fuerza. Apoyo mi mano sobre la pared, miro esos dedos. Lascaux. Huella de animales. Estoy en la cueva. Excavo mientras él me penetra. Da palmadas. Pega más fuerte mientras yo miro los dedos. Cavaré en la pared como si fuera un pozo. Cavaré en el pozo hasta encontrar la mano, los dedos, cortar el brazo.

¿Por qué ocultás tus manos debajo del puño de la camisa?

¿Hovhannés, qué es reclutar?

No te vayas. Casi llorando, le suplico; no te vayas. Le quiero decir: cruzaré el límite, ya estoy del otro lado. Este deseo caníbal va por vos. Por vos.

Me besa las piernas. Sube con su boca; baja. Su lengua, sus labios. El pubis.

¿Acaso no se dan cuenta de que ellos son probados cada año una o dos veces?

Las tumbas destrozadas de los derviches. No en la calle, sino hacia el interior. Una mesa para los príncipes circuncidados. Cardamomo, canela, azafrán, almendras. Avellana, pasas de uva, dátiles. Damascos y miel.

Se tocan la cara antes de la plegaria. Humildad. Sumisión. Diligencia. Temor.

Cuando nos hubieron enojado, nos vengamos de ellos y los anegamos a todos y los dejamos como recuerdo y ejemplo para los otros pueblos.

Prostérnate y aproxímate.

Las mujeres desnudas, solo en la cara y las manos.

Mi Señor, una parte de mí se ha comido a la otra. Por ello se concedió al fuego dos respiros, uno en invierno y otro en verano.

Sólo los purificados pueden tocar este libro.

Es un escrito marcado...su sello será de almizcle, aspiren ese vino los que aspiran.

Excava con su miembro. Raspa, esculpe, da paladas.

Su miembro de sangre. Su vientre. En el vello de su pubis, mi sangre, como si lo hubiera lastimado.

Pasa sus dedos por el cuello. Baja su mano por el hombro. Busco sus dedos. Los hago detener en el cuello. Los presiono. La nuca. El cuello. Deslizo mi mano hacia sus piernas. Me paro. Me voy a lavar. Cae una gota. No es su semen. Es mío.

Las palabras en plegaria y el lenguaje como peregrinación. Salir de sí para ir hacia otro sitio evocando un Ausente.

Es un escrito marcado...su sello de almizcle, aspiren ese vino los que aspiran.

Se sabía quién creía por lo que se comía. Aquí, carne seca, el *pastermá*. Más allá, carne de cerdo. Y en el Bazar, canela, hierbas, café, porcelanas. El agua la bebían fresca del Tigris, no del Eúfrates. El agua del Eúfrates estaba envenenada. Mezclada con sangre.

Se dirá: esto es aquello que vosotros desmentáis.

¿Y cómo te pudiste salvar de ellos? le preguntaba a mi abuela. Ella respondía: dejé de hablar y me hice pasar por muda. Además vestía un abrigo de pelo de camello que es lo que ellos usan, y así pensaron que era uno de ellos.

Es un escrito marcado... su sello será de almizcle, aspiren ese vino los que aspiran.

No los textos cristianos en forma de diálogos. Textos en forma de cartas.

Dejé de hablar y me hice pasar por muda. Mi abuela sigue diciéndomelo al oído desde el interior de esta tierra donde está enterrada.

Cuando los astros se dispersen, cuando los mares se entremezclen, cuando las tumbas sean revueltas.

Modulan la voz entre el silencio y el ruido. No una prosa rimada, una oración sin levantar la vista al cielo. No un diálogo. Una carta.

Sea matado de la misma manera que ha decidido.

Ella no habla, se hace la muda.

Escribo para no escuchar el odio de mi madre.

Entro a un restaurante de pescados a la vera del Bósforo. Pido el menú, ordeno bebida. ¿Por qué habla la lengua? me pregunta el camarero, ¿es de las nuestras?. Le explico: hablo turco, pero soy armenia. Viene un segundo hombre.

¿Es de las nuestras? pregunta.

Que te explique ella, dice el primero.

¿Y cómo te pudiste salvar de ellos?

Dejé de hablar y me hice pasar por muda.

Salgo del restaurante. Sigo la ruta de las caravanas.

Los caravansares. Las paradas para el uso comercial y el uso militar. La caravana caminaba durante el día y por la noche descansaba. Cerraban las puertas apenas oscurecía. Tenían un patio en el medio. El Gran Bazar. El oro, el tejido, las alfombras y los libros.

Los cafés, los frutos secos, los té de manzana. Las cerámicas, los cueros, las sedas.

¿Acaso no se dan cuenta de que ellos son probados cada año una o dos veces?

Yo arriba. Él abajo. Atrás. Él debajo de mí, atrás. Me muevo. Deslizo la espalda hacia atrás. Mirarnos los sexos desapareciendo en el sexo del otro. Nos miramos. Le digo sí.

Te retengo hasta el lugar infinito de hijos.

Las palabras. Perdiendo los límites, la palabra.

En el momento en que, como no podés seguir avanzando, tenés que ascender.

Porque tener amor no es sentir, es actuar.

Es un escrito marcado...su sello será de almizcle, aspiran ese vino los que aspiran.

No es una religión. Es una ley. Una deuda.

Camino por la plaza Taksim, a cada paso un bar y mesas en la calle y hombres con tesbih en sus manos. El rosario de cuentas que tocan, recuerdo de los nombres de dios. Porque los hombres son esos animales que olvidan y se tranquilizan cuando recuerdan.

La palabra, perdiendo los límites, la palabra, ascendiendo entre las manos de los recordadores y recordadoras.

Cuando nos hubieron enojado, nos vengamos de ellos y los amenazamos a todos y los dejamos como recuerdo y ejemplo para los otros pueblos.

Solo existe la realidad, y la llamo Allah, decían los soldados que se atravesaron con mi abuela en la ruta de las caravanas. Su paladeo, decían. Y mi abuela, haciéndose la muda, escucha:

Tú eres según lo que estés invocando.

¿Puede un perfume tener movimiento?

Él todo perfume que, al tocar, no se disuelve, se mueve hacia adentro afuera.

Tendrán vírgenes de mirada recatada, con ojos como huevos de avestruz semiocultos.

¿Por dónde sale el sol?

Me da un libro.

Antes de abrirlo lavarse tres veces las manos, los brazos. Antes de abrirlo lavarse la cara tres veces, el interior del oído, los pies. Antes de abrirlo pronunciar las palabras de misericordia.

¿Por dónde sale el sol?

¡Por los que están en las filas! ¡Por los que rechazan enérgicamente! ¡Por los que recitan una invocación!

Cuando llegues, buscá una guía telefónica, decía mi padre.

¿Por dónde sale el sol?

Buscá en la guía, la letra A.

Cuando llegues a Armenia buscá por la letra A todos los que tengan el mismo apellido. Llamalos. Preguntá si son familia.

¿Por dónde sale el sol?

Coger con vos, como parir. Como si se fuera a romper el cuerpo y luego no. Como cuando el niño late por entrar al mundo y la madre nada puede hacer para evitarlo. Nada de la voluntad puede detenerme ahora. En tiempo irreversible que no para con nada. Y ahí vos, y no hijo.

Le pregunto si me ama. Me responde. Y no importa lo que diga. La pregunta que no busca respuesta es una extensión. La pregunta es el extremo de otro alfabeto. De arañar algo suyo. Más. La pregunta es su saliva. Es él volcándose en mis pezones, mi boca, mi pubis, un poco más abajo, las piernas.

Dios sabe lo que encierra cada hembra y lo que disminuye o aumenta el útero durante la gestación.

Perder los vecinos, la casa, el barrio, la iglesia, el hospital, los diarios, lo que hablábamos. La lengua.

¿Por dónde sale el sol?

En Alemania trabajadores de la colonia turca maltratados. En Alemania, albañiles, obreros, mano de obra barata. No son turcos, dicen los turcos, son armenios.

¡Por los que están en las filas! ¡Por los que rechazan enérgicamente! ¡Por los que recitan una invocación!

Lava la toalla. Dibujos de sangre, manchas. Le pido que me dé la toalla. Me mira con asombro. No, dice, no.

La sangre. La mancha en la toalla. El brillo rojo que me toco y no está húmedo y es una línea espesa de tus dientes en mi pezón.

El habitante del Jardín goza de placer junto a su esposa en un solo coito, durante un período de setecientos años sin que se acabe.

Vení que te peino.

Toma mi cabeza, el cabello. El velo su mano el peine la tijera el perfume que cae, lo que trenza.

Como una madre, dice: te peino.

Y huríes de ojos negros, que son semejantes a perlas guardadas...

Y lame los ojos. No lágrimas. Un orgasmo por los ojos. Los ojos míos, eyaculando.

Morí antes.

¿Por dónde sale el sol?

Morí un poco el día que mi abuela dejó a ese niño allí. Ese niño su hijo. Ese niño no hijo de ningún abuelo mío. Ese niño que recita, recita.

¿Por dónde sale el sol?

El oficial de la aduana mira mi cara me interpela: necesita visa, no puede entrar. Soy argentina, respondo.

Utilizar la estructura o el código de un objeto o sistema contra sí mismo. Tanto a través de su reconfiguración o por la introducción de un elemento extraño.

Infectar.

Contaminar.

Ese niño su hijo. Ese niño no hijo de ningún abuelo mío.

Quienes descrean y mueran, éstos serán infieles; no se admitirá de ninguno de ellos rescate, aunque diese la capacidad de la tierra en oro.

Obligaban a armar y desarmar un rifle en once segundos, y rearmarlo en diciséis para poder así pasar de grado de combatiente.

Mi abuelo desarma el rifle en once segundos mientras ella se mira su ropa donde ninguna mancha. Piensa en los primates desarrollados y en los

muricélagos. En la sangre menstrual que llega del útero. Piensa, se mira, escucha el ruido del rifle.

La sangre que no corre de hijo, infectándola.

Yo morí ese día.

Un millón quinientos mil armenios han sido asesinados.

Es más fácil decir que han sido asesinados.

No todos han muerto.

El hijo de mi abuela. Los dieciséis segundos y la sangre que la infecta.

Si le preguntas: ¿quién creó los cielos y la tierra? Responden: Dios. Di: Alabado sea Dios. Pero ellos, en su mayoría no saben.

Santa Sofía, un museo.

Justiniano en el año 537 construye una iglesia. La iglesia se convierte en mezquita en el año 1453.

Los dieciséis segundos, la sangre, el hijo, y mi abuela que ni primate ni murciélago; una iglesia, una mezquita.

¿Por dónde sale el sol?

La ilusión de proximidad, la ilusión de posesión; la mezquita es convertida en museo. Las reliquias, detrás del Gran Vidiro.

El gran vidrio el útero de la abuela.

Y yo la carátide que cae junto con la piedra que la sostiene. La curva de la espalda hasta el rostro que se pierde en la roca. No una figura que soporta la carga de la roca. Desnuda, arrodillada, inclinada hacia adelante.

Las Guerras Médicas y la muerte de los varones. Las mujeres convertidas en esclavas, condenadas a llevar pesadas cargas; representadas. Una columna o pilastra con un entablamiento que descansa sobre su cabeza.

Representar la esclavitud.

Se toca hacia adelante hacia atrás de costado, con toda su mano llevando su sexo hacia un costado. Lo busco con la boca. Se toca como los prisioneros.

Se masturba como las pinturas de las fotos de los prisioneros encapuchados. La pintura de esa mano rosada tomando el miembro con la palma y la otra mano ordenando.

¿Seré yo la mano vigilante que ordena en la pintura inspirada en la foto del prisionero?

Él encapuchado, levemente hacia adelante.

Permanecía copulando durante un período de carenta años, cada día hará el amor a cien vírgenes de los huríes.

El vientre de mi abuela, todavía como el de los primates o como el de los murciélagos, abandonado a la voluntad de dios en el desierto.

Mi abuelo rearmando el rifle en dieciséis segundos, esa sangre que ya no de primate y sin correr, la mezquita que era iglesia y yo muriendo en el vientre de mi abuela.

Recita.

Recita.

¡Por los que están en las filas! ¡Por los que rechazan enérgicamente! ¡Por los que recitan una invocación!

Tengo puesto un cinturón que compré en el barrio viejo de Estambul. Una sogas larga aunudada azul rosa roja que termina con dos borlas de ámbar y metales y piedras que, al caminar, se juntan entre sí, hacen un ruido a campanas secas, a campanas sin dintel.

Y huríes de ojos negros, que son semejantes a perlas guardadas...

¿Por dónde sale el sol?

Se queda dormido desnudo. Yo me siento al borde de sus pies. Lo veo desde abajo, su sexo tenso. Él sobre una losa de mármol perpendicular a mis ojos. No hay ninguna sábana que lo cubra, la cabeza inclinada e inmóvil.

La lamentación sobre Cristo muerto en erección. Poco antes de estar amortajado. No están las marcas limpias de los clavos, el vientre hundido,

el recipiente con los aceites de embalsamar, la puerta de costado; el ritual de la velación.

Miro su sexo, y esa línea que va hacia más atrás. Me acaricio.

Se acerca; mi boca de todo él. Yo de pie, sus manos a los lados de mi cuello. Cuanto más acaba, más aprieta. Respiro para no ahogarme por la presión. Los dedos.

Dios es algo que defiende. Algo que defiende, sin el verbo ser, como corresponde a las lenguas semíticas.

Tan solo Allah defiende.

Me refugio en ti de ti.

Respiro para no ahogarme por la presión. Los dedos. El cuello.

Me refugio en ti de ti.

Las esposas celestes en el Jardín poseen intensa blancura. La intensa blancura está en sus ojos. La intensidad del iris negro aumenta con el contraste del blanco del cristalino.

Todo.

Absolutamente todo, tiene capacidad de palabra.

Jardín.

Fuego.

Los apóstoles violan el sábado arrancando espigas.

No la circuncisión según la carne, la circuncisión según el espíritu.

Fe y obediencia.

La sumisión a la voluntad de Dios.

Brotó en forma de epopeya una historia heroica. La historia se escribe con la espada. El combate se convierte en ordalía.

El desierto la espada la mujer la religión.

Yo de pie, sus manos a los lados de mi cuello. Cuanto más acaba, más aprieta. Respiro para no ahogarme. Los dedos. El cuello.

Me refugio en ti de ti.

Él se incorpora apenas. Pasa su lengua en los pezones y mientras su lengua se mueve, su sexo, quieto. Su quietud y su lengua. Y yo gritando. No, yo antes del grito.

La espada es la muerte. La que se da y la que se acepta como riesgo, su perfume está siempre presente.

De las piedras a las lanzas.

De las lanzas a los cuchillos.

De las flechas a las catapultas.

De la elegancia de las espadas a las dagas.

Quien te detesta carecerá de hijos varones.

La Avtomat Kalashnikova diseñada por Mikhail K. y estrenada mucho más tarde que las dagas, que el nacimiento del hijo de la abuela con ningún abuelo.

Más tarde de que ella no fuera asesinada.

Más tarde.

La Kalashnikova no alcanza a matarla, ni a ella, ni a su hijo.

La AK., liviana, fácil de portar. Tan fácil de portar que aun los niños de seis años pueden llevarla. Diseñada para niños soldados.

Quien te destesta carecerá de hijos varones.

¿Por qué no le habrán dicho a Mikhail que fabrique un arma suficientemente pesada para que un niño no pueda portarla?

De los cuchillos a los escudos.

Tamerlán.

El gran conquistador mongol por tierras del Islam y su imperio, del norte de la India hasta Anatolia y Siria.

¿Qué te hará entender lo que es el golpe? Es el día en que los hombres estarán como mariposas desorientadas.

Respiro para no ahogarme. Los dedos. El cuello.

Me refugio en ti de ti.

Estambul hecha de madera. Las construcciones que luego fueron prohibidas, y solo casas de ladrillos y material.

Estamos en una feria de muebles usados. Mirarte caminar. Verte tocando la tapa de madera de las mesas, abrir cajones, sacarlos, medir. Verte medir como armando espacio dentro de ese espacio en el que yo miro. Ver a los vendedores ofreciendo, preguntando en plural: ¿qué desean? Verte elegir, verte reconociendo los muebles de tus casas, rescatándolos. Verme viéndote en el negocio de tu padre, en el taburete del piano de tu casa, frente a tu pizarra de dibujo. Como entrar en tu sueño en el mismo momento en que yo construyo el mío en una Estambul sin casas de madera. La calle Istiklal en mi sueño llena de teatros y cafés. Y el café Smyrna en esa calle que antes se llamaba Grand rue de Péra. Mi sueño en cafeterías de Aleppo, de Damasco, de El Cairo.

¿Qué te hará entender lo que es el golpe? Es el día en que los hombres estarán como mariposas desorientadas.

Me tira de los pelos y me arrastra hasta los prostíbulos de Estambul. No hacia los prostíbulos, hasta la puerta que dejó abierta de su casa. Cogemos con la puerta abierta. Me lleva hasta allí de los pelos. Cuando dice qué puta que estás, quiere decir: te haré una madre para mi hijo. La puerta abierta.

¿Qué te hara saber lo inevitable?

Estambul edificada en ladrillos no se quema, y él tiritita de frío.

El marido de la abuela se pone el uniforme con gran fatiga. Le resulta demasiado grande para él.

Cuando quieras hablar, tan solo tenés que mover los dedos.

Abrió el grifo. El trapo se empapó rápidamente. El agua fluía por todas partes. Pero durante un rato, todavía podía respirar pequeñas bocanadas de aire.

Ya basta.

Va a hablar; dijo uno voz.

Una hembra no está embarazada o da a luz sin que Él lo sepa.

Los varones armenios de Van, de Trebisonda y de Erzurum se presentaron a las filas manteniéndose leales.

Luego se cruzaron las líneas pasándose al enemigo.

Se cruzaron las líneas poniéndose al lado del ejército ruso.

A un soldado turco se le disparó el arma.

Ya basta.

Va a hablar, dijo una voz.

Me pregunto si no habrá que hacer algo con los armenios cuando acabe la guerra. Eso escuchó decir el marido de la abuela. Escucho esto y corrió a buscar a su mujer.

¿Qué te hará entender lo que es el golpe? Es el día en que los hombres estarán como mariposas desorientadas.

Y dijeron: enterramos al tipo.

Las ventiscas barrían los elevados picos del Cáucaso. Senderos de montaña impedían el avance de las tropas. No se veía nada.

La abuela no escuchaba a la marina real y su expedición naval cañonar y conquistar la península, no escuchaba que el objetivo final sería Constantinopla. No quería saber de aquella quinta columna infiltrada.

Ella tocaba su vientre.

¿Qué te hará saber lo inevitable?

El cabo médico Alí recibió en el hospital militar de Erzurum al marido de la abuela. Me resulta fácil cobrarme venganza por esto, dijo. Simplemente voy a administrarle un veneno a tres o cuatro de los ingresados al hospital

De la lanza a los cuchillos. De las flechas a las catapultas. De las espadas a las dagas. Y el hospital y el veneno y el cabo médico Alí.

La aldea ardía porque Estambul estaba construida en madera. La abuela arrojó a dos de sus sobrinos al agua del río, esa honda fosa en la que yacían miles de aquellos que no pudieron convertirse en los despojos de la espada.

Dicen que las manos de los sobrevivientes tienen el gesto de cavar.

Yo chupo la palada de ese gesto como cavando en mí sus carnes.

Escupe en su mano. La lengua en los pezones. Al límite. ¿Querés ver?, me dice. Levanta su miembro, lo sostiene. Desde su mano me llueve. Entre sus dedos lo blanco y algo más turbio, algo como de manzanas sin cáscara, algo del cavar en las nalgas, mis vísceras; un óxido en sus manos y la lluvia.

Una hembra no está embarazada o da a luz sin que Él lo sepa.

El libro trata de causar un efecto, no de informar. Un angel que desciende con un abrazo que mata al hombre, a su pasado.

Lo ensoñado hace eco en el cuerpo. Buscar en el hijo de la abuela a la Eva mitocondrial. Buscar en el hijo a la madre. Una herencia que no muestre que la elegancia de la espada, que la daga, no pudo resistir el brazo envenenado de la abuela.

Quien te detesta carecerá de hijos varones.

Y ningún soldado contestaba una pregunta que flotaba en el aire:

¿podremos considerarnos hermanos cuando acabe la guerra?

La orden de arrojar al mar a los invasores.

Berlín- Bagdad, la vía férrea que iba a unir Berlín con Bagdad primero y luego llegaría hasta Basora.

Bagdat Demiryolu¹¹.

Las vías del tren hacían camino como la red de trincheras. Y todo navegaba como los astros navegan. Y todo era desplazarse y arrojar comida.

Un recluta lanza cigarrillos, uvas, avellanas y almendras a las zanjas de las tropas australianas. Los invasores para agradecer le corresponden con frutas en almíbar y mermeladas.

¹¹ Del turco, la línea férrea hacia Bagdad

Cuando no les muestras un milagro, dicen: ¿por qué no te lo inventas?

Rezar no es hablar con dios. Es repetir las palabras. Es la postura de absoluta rendición.

Postrados, con la frente en la tierra, ellos iban al rezo, al lugar donde adoran.

Toda la tierra es mezquita.

Iban al rezo los recordadores y las recordadoras. Recitan el Recuerdo, eso del libro que memorizan.

Las patas del caballo extendidas y yo jinete montando con las piernas a los costados, hacia adentro. Le pido al caballo que me mire. El caballo obedece. Lo sostengo del hocico, de los pelos del hocico. Le tiro el hocio hacia atrás. El caballo acostado se levanta (un poco), el jinete le acaricia los testículos (al caballo) y mientras lo monta le toca más al fondo de su sexo.

El caballo cierra los ojos.

Cuando no les muestras un milagro, dicen: ¿por qué no te lo inventas?

Pronunciaciones que convocan presencias. Un pedido en imperativo. Una orden. Un mandato. No el conocerse a sí mismo, conocer al Sustentador.

Las vías del tren hacían camino como la red de trincheras. Y todo era desplazarse. Y todo navegaba como los astros navegan.

Al amanecer de la Navidad del año 1915, los británicos lanzaron un segundo ataque. Los soldados recibían abrigos de piel, pantalones forrados, botas de fieltro, camisas gruesas y guantes y gorros, se dirigían a la Irak chiita donde veneraban al califa Alí.

Toda la tierra es mezquita.

Y era abril y era Bayram, la festividad en la ciudad de Kut, la derrota de los ingleses. Al este de Irak. A la ribera del río Tigris.

29 Nisan 1916. El asedio de Kut.

Nisan es abril en turco.

No se equiparan las tinieblas a la luz, la frescura de la sombra y el bochorno, no se equiparan los vivos y los muertos. Dios hace oír a quien quiere. Tú no puedes hacer oír a quienes están en las tumbas.

Nisan es abril en turco.

Abril es el mes en el que la abuela se visitó de hombre.

Encorvados. Harapientos. Cubiertos de polvo. En la ciudad de Kut, la capacidad de intriga de los otomanos venciendo.

Huí de ti hacia ti.

Si algo contiene a dios, es mi propia insaciabilidad, porque dios no es un ser, sino el cumplimiento de las cosas.

Lamo. Paso la lengua por su cara. Su miembro me acaricia. Adentro. Se queda dormido. Los dos desnudos. Su mano sobre mi vientre. Dormido, su mano aprieta, se agarra del vientre. Aquí abajo siento cómo su sueño camina al borde del ombligo, no quiere caer.

Y no les pusimos un cuerpo que no comiese comida, y no eran eternos.

Las langostas azotaban el país entero. Era mayo. El cielo se oscurecía. La nube de langostas tardaba dos horas en cruzar la ciudad. El abuelo escuchó la orden de que todos los ciudadanos de entre quince y sesenta años recogieran veinte kilogramos de huevos de langosta a la semana, entregándolos a los almacenes del gobierno que se encargaban de destruirlos.

Y no se cosechaba. Y no había pan. Y había hambre.

Y no les pusimos un cuerpo que no comiese comida , y no eran eternos.

El desplazamiento. Las vías de tren como la red de trincheras. Estambul, Bagdad, Basora, Libia.

Movilización general.

La serie de desdichas iniciadas con la movilización.

Cuando se interrogue a la víctima acerca del pecado que motivó que se la matara.

Abraham. Moisés. Jesús. Los revelados que predicen su llegada. Y el sello, el mensaje recibido de las imperfectas realizaciones de la verdad.

Mi abuela era también de la gente del Libro que vivía en territorio islámico, de los grupos protegidos, de los que no eran iguales. Afuera de la tierra musulmana, la morada de la guerra.

Los infieles preguntan: ¿entonces nosotros seremos devueltos a la tierra cuando seamos huesos carcomidos?

Me pone una mano sobre el vientre, la otra. Yo encima de él. Él adentro de mí. Él mirándome con sus manos sobre el vientre. Le digo que estoy muriendo.

Nunca morir duró tanto.

¡Por las que van veloces! ¡por las que van ligeras! ¡por las que avanzan en cabeza!

Se vuelca en mí. Todo volcado. Su rostro buscando mis pechos. Buscando descansar ahí.

Una piedad.

Desharrapado.

El mismo bloque de mármol de las canteras de Toscana. En un solo bloque los músculos casi difuminados de la herida en el costado. Y los estigmas de la pasión en las manos y en los pies. Él, un cuerpo muerto sin sangre. Él, un cuerpo muerto sin dolor, en reposo. Yo madre sosteniendo su cuerpo. Yo madre mirándolo en un acto de postrarme.

Cuando las camellas de diez meses sean abandonadas.

En el muro que hay entre el Paraíso y el Infierno hay un tragaluz.

Una piedad.

Modular la voz entre el silencio y el ruido.

El ataque contra el canal de Suez fue dos meses antes. En el espacio aéreo del Sinaí: turcos y alemanes.

Relámpago.

Al frente palestino, las dos divisiones.

Se prohíbe escupir a la derecha mientras se hace la oración.

En el intersticio de dos imperios. Entre el persa y el bizantino, exhaustos por las guerras: los otomanos. Predicando austeridad, esa vieja virtud de los hombres del desierto.

Se les vestirá de satén y brocados verdes.

Me besa. Su sexo en mi sexo. Su pene adentro, mientras me besa. Su lengua encuentra desde el interior su sexo. Toda yo con mis adentros de él hacia él, lo acaricia.

¿Vas a cantar para mí? me pregunta. Toda yo con mis adentros de él hacia él, le digo: quiero que seas el padre de mi hijo y que mi hijo seas vos.

Una piedad.

El mismo bloque de mármol los músculos y la superficie de la herida en el costado.

¿Acaso no los hemos creado de agua repugnante?

Si los padres hacían de un judío, un judío; un cristiano, un cristiano; o un mago zoroastra. A estos hombres, el Libro el texto revelado el texto legal.

Lo acuesto desnudo. Las piernas cayendo de la cama. Un cristo bajado de la cruz. Una maría sobre el cuerpo muerto descendido. Un cristo con su pene erecto. Una maría que es una verónica. Todo el cuerpo de ella, un lienzo. Todo el cuerpo de ella, la verónica pegándose al cuerpo de él que se le dibuja sobre su piel.

La capacidad de intriga de los otomanos, la prédica de austeridad de los hombres del desierto repartiendo el mapa.

Aleppo. Damasco.

El norte de Arabia. Siria. Egipto.

Palestina.

Una piedad.

Para los mamíferos no humanos la fuente de protección es un lugar (la prédica repartiendo el mapa). Para las personas, la protección, otra persona. El desierto desdibuja a los hombres del desierto como ese bloque los músculos casi difuminados en la superficie, la herida de costado.

¿Acaso no los hemos creado de agua repugnante?

Apoya un almohadón sobre el piso. Me arrodilla. Me vuelca el torso sobre el diván. Me hunde desde atrás.

Ahora se arrodilla él. Aprieta. Aprieta desde afuera el vientre que su miembro penetra. Nosotros, dos mamíferos, dos casi personas del desierto nos deshacemos en ondulaciones de cuando el viento agita la superficie del agua. Con sus manos sobre su miembro retiene la todavía espuma del mar, me da de beber.

Los infieles preguntan: ¿entonces nosotros seremos devueltos a la tierra cuando seamos huesos carcomidos?

Anadolu.

Una tierra llena de madres.

¿A quién?

¿A quién habrá llamado madre, abuela? Vos enterrando a tu hijo. Al hijo tuyo y del abuelo. Y ese otro niño que vive allí llamando madre en turco vaya saber a quién, nombrando: anne¹².

Nací un sábado de gloria. Mi abuela dijo que debía llamarme Ana. Ana, madre de María. Cuando publicaron mi libro en Ereván me preguntaron ¿Ana, con una sola n o con dos como se escribe aquí? Con dos, respondí.

Anna.

Anne.

Madre.

¿A quién?

¹² Del turco, madre

Desenterraré una lengua dentro de la lengua de mi nombre, abuela. Busco a tu hijo. Le daré el sacrificio de una madre muerta por mi nombre. Para poder llamarme Anna.

¿Están prohibidos los dos machos, las dos hembras o lo que contienen los úteros de las dos hembras?

Medimos el tiempo que tarda en viajar la luz.

Sueño que hay guerra, que busco la salida, que quiero irme; pero la gente me envuelve, me detiene.

Soñar, desear volver el tiempo atrás. Desear que no se hubiera ido, que hubiera acunado a ese niño.

Escuchar.

Desear escuchar: mamá, mamá, ¿estás ahí?

Entre ellos hay quien dice: Dame permiso para no ir a la guerra, ¡no me tientes!

Yo todavía desnuda. Él sentado todavía desnudo, pone su mano sobre el vientre. Pone el dedo de una mano a un lado de mi vientre, el otro dedo de la otra mano del otro lado del vientre. Sube los dedos. Sube la mano, parece que midiera.

Él mide la cuna.

¿Están prohibidos los dos machos, las dos hembras o lo que contienen los úteros de las dos hembras?

Medimos el tiempo que tarda en viajar la luz.

No la sagrada familia. Mahoma, huérfano.

Los judíos dijeron, hemos matado al mesías, Jesús, hijo de María, mensajero de Allah. Pero no lo mataron ni lo crucificaron, sino que se hizo que pareciera eso.

Así recitan.

Mahoma huérfano y Jesús que no muere en la cruz.

Abraham, un extranjero, un egipcio.

Agar dio a luz un hijo a Abraham, y Abraham llamó al hijo que Agar le había dado Ismael.

Medimos el tiempo que tarda en viajar la luz.

Despide a esa criada y a su hijo, grita Sarah, pues no va a heredar el hijo de esa criada juntamente con mi hijo Isaac.

Anna.

Anne.

Madre.

¿A quién?

Anadolu.

Una tierra llena de madres.

Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre.

Tu vientre esclavo, tu vientre libre, abuela.

Agar ve las espaldas de aquel que la ve.

El tiempo que tarda

en viajar

la luz.

La memoria es otra forma de huir. No puede imaginar volver, porque le espanta la idea de la tortura. Si escapaba, no volvería.

La abuela escapa.

Yo, también.

Envuélveme en una manta, envuélveme en una manta, le pide Mahoma a su esposa, aquella que lo ayuda a separar los mensajes del demonio de los del angel.

De La Meca a Medina, una huida.

Voló en un corcel alado de La Meca a Jerusalén, y luego de vuelta de Jerusalén a La Meca. Todo en una sola noche.

La Cúpula de la Roca conmemora el viaje.

La memoria es otra forma de huir.

La abuela escapa.

Yo, también.

Un libro oral que también es una escritura, un significado dentro de otro, la luz sobre la luz. Porque medimos el tiempo, el tiempo que tarda en viajar la estrella.

Un mercader de La Meca.

Un mercader con un mensaje.

No una huida, una migración, un éxodo.

La memoria es otra forma de huir.

*¡Haz que los corazones de algunos hombres sean afectuosos con ellos!
¡Provéelos de frutos! Quizás, así, sean agradecidos.*

Un refugio; Medina. El primer año del año de la huida.

Mahoma lleva a Aisha a la guerra. Ella tenía trece años. Ella pierde su collar. Los hombres que transportaban la litera no notaron su ausencia. Recién otros la encuentran dormida. Había salido a buscar el collar, y sin compañía.

Por encima se taparán con sábanas de fuego. Así recompensaremos a los injustos.

Nadie notó la ausencia de la abuela.

Tenía diecisiete años.

Con una mano toma el mentón, con la otra la palabra que me hace muda, su carne.

No lo voy a morder.

No lo voy a morder.

Acaba. Acaba ramificado en mi planterío donde se asoma todo lo blando y esa red de nervios, músculos y glándulas; acaba ahí donde el volcán es

esperar. Espera el volcán, porque ésa es su naturaleza. Acaba más allá del cráter, del capuchón y del glande, mío. Un aguacero puertas adentro. Te miro a los ojos mientras cae tu tempestad de hijos.

¿Están prohibidos los dos machos, las dos hembras o lo que contienen los úteros de las dos hembras?

Tengo que volver a subirme a ese mundo que comienza a andar sin mí, con las calles en movimiento, subirme al mundo que él detuvo. Y no sé si me caigo en este intento o decido mirarlo desde afuera.

¿Dónde estás?

Orbitemos alrededor de ese mundo quieto hasta abandonarlo.

¿No ha guiado a quienes heredaron la tierra después del aniquilamiento de sus habitantes anteriores?

Una vez adentro, lo aprieto, lo empujo, lo retengo. Él mira mis ojos, desesperado. Yo aprieto, más. Él, sin aire. Él eyacula tose se adelanta, me busca, busca mi abrazo. Aquí estoy, le digo.

Me araña la palma de la mano. La línea de Marte. La línea de Venus. Deja huellas de su quiromancia. La mano izquierda, las terminaciones del recuerdo y la imaginación.

Él sabe que la memoria es otra forma de huir, por eso raspa las líneas, escribe la borradura.

No el deseo de posser su amor. No, su cariño; su cuerpo.

Pedirle que no me deje morderlo.

Y no es que quiera morderlo. Quiero saber dónde termina su cuerpo, dónde empieza el mío. Como cuando dolían los pechos, como cuando llenos de leche esperaba- no esperaba, el llanto de mi hijo. Como cuando mi hijo hambriento con su boca que no se sacia, mis pechos bañándolo y el dolor que se aquieta mientras chupa.

Cromático, tortuoso, destruyendo casi toda sensación tonal bajo el vertiginoso cambio de colores armónicos.

Soy un momento iluminado, la eternidad. Una afirmación. Éxtasis en flautas, timbales, bombos, y las arpas y las cuerdas.

Cuando acaba es el Cristo muerto bajado de la cruz. Yo, María. Y él ahogándose en ese espasmo de muerte, dice: tocame. Yo, aquí estoy.

Viendo que había muerto los soldados no le quebraron las piernas.

Decimotercera estación: Jesús es bajado de la cruz y entregado a su madre.

La lanza en el costado de la herida se convierte en abertura.

Me deja ver el costado.

Un Caravaggio en la puerta nos mira y pinta la escena. Su boca entreabierta, sus ojos cerrados, el brazo caído. Lo llamaré entierro de Cristo o preparación de Cristo muerto sobre la piedra de unción.

No es el año 1601. Alessandro Vittrice no te hace el encargo de pintar el agua, la sangre, la herida.

Soy Nicodemo sosteniendo con esfuerzo tu cuerpo, y soy también la María que está detrás y la piedra desnuda.

Muere sin sangre. El brazo caído y el sudario tocan la piedra.

El brazo, las venas dilatadas.

Cargar.

Limpiar.

Mirar.

Acompañar.

Sostener.

Callar.

Llorar.

Esperar, como los volcanes esperan.

Y tocar el dolor.

Cae completamente inmóvil, el peso de su cuerpo sostenido con fuerza, con incalculable ternura. Ahí, todo él abrazado, todo él cargado, perdurando. Más abajo el yugo, esa madera con dos aros que se ajustan a la cabeza o al cuello y que, sujeta a la lanza de un carro de arado que nos lleva, permite que tiren de nosotros. Sin embargo, dos animales de diferente especie hace difícil la unión de la yunta.

Somos prohibidos para arar así de animales como somos.

Nuestra historia radioactiva.

No vengo a buscar huesitos. Vengo a buscar a un hombre. Un hombre isla, un hombre acantilado, un hombre desierto fuera de toda urbanidad.

Ayúdame. Le pido, ayúdame, como queriéndole decir, terminá de destruirme o juntame finalmente en todo este afuera que estoy.

Y duró ese momento en el que no me rompía del todo. Sos mi mujer, me decía. Luego, íbamos al cine.

Apoya su mano sobre las piernas, le toco sus dedos. En la oscuridad toco todo lo largo de sus dedos, a los lados, presionando. Él se acomoda, apoya la otra mano sobre su miembro.

Cuando las camellas de diez meses sean abandonadas, cuando los mares entren en ebullición, cuando se interrogue a la víctima.

Nuestra historia radioactiva. Los asientos con planchas de plomo. Chalecos de plomo sobre los sacos.

La abuela ha huido de aquello que ha descubierto de sí misma.

Cada uno, los dosimetrístas midiendo lo que arde de la mesa, lo que arde de la ropa, de las paredes.

Y el miedo que late en el nombre.

Si tuvieras el apellido cortado podrías pasar por uno de ellos, me alertan antes de partir a buscar al hombre isla, al hombre desierto. Y yo no veo los chalecos de plomo adheridos a sus cuerpos, los asientos de las casas con planchas de plomo, nuestra historia radioactiva.

Arde la casa la ropa las paredes.

Busco recetas.

Tomar los testículos de tres gallos. Añadir jengibre verde, nuez moscada, esencia de pimienta, semillas de palma, un cuarto de azafrán. Mezclar con miel batida. Cocinar a fuego lento durante tres días y tres noches. Enfriar. Tomar de un sorbo. Tendrá una erección que nada podrá abandonar.

A menos que beba una taza de vinagre.

Nuestra historia radioactiva.

Hago el amor al borde de tu cara, las líneas del mentón, la barba. Mis manos amando ese borde, el hueso saliente del rostro situado debajo de los ojos. Ese hueso par, corto, compacto. Le toco ahí, mientras, su pija, adentro del cuerpo.

Si tuvieras el apellido cortado podrías pasar por uno de ellos.

Nuestra historia radioactiva.

Arden los nombres.

Perder Constantinopla.

Perder el nombre Constantinopla, llamarse Estambul.

Tomamos vino burbujeante. Nos deslizamos a la cama. Él se desnuda. Yo busco sus piernas, beso ese color que se tensa, se erige, crece. Lo mío desde abajo. Le digo, recordá que soy una vietnamita en una zona ocupada. Él, un soldado americano podría dejarme hambrienta o sin hogar o arrasar todo lo que tengo, que es casi nada porque mi país está arrasado.

Me mira. Besa mis piernas.

Nuestra historia

radioactiva.

¡Por las que galopan, jadeantes, que hacen saltar chispas, que aparecen en el alba y levantan una nube de polvo y, en su centro, atraviesan los grupos enemigos!

Arde la casa, la ropa, las paredes.

Una franja de amortiguación geográfica: Georgia, Azerbaijón, Armenia, año 1917.

Los recursos fósiles y la comuna de Bakú.

En el pogromo del año 18 el abuelo y sus amigos rusos habían expulsado a la mayoría musulmana.

El petróleo del Caspio, radioactivo.

Construían con madera y lona modelos de montura de caballería. Al amparo de la oscuridad daba la impresión que los verdaderos caballos estaban ahí.

Se escupe, se toca, se masturba, se da; se toca a través de mi vientre, una mano, la mía, luego la suya. Como si su sexo fuera una pregunta. Levanto las piernas, las abro.

Te llevaré conmigo.

Todos los prisioneros de guerra debían ser trasladados a Estambul, rendidos incondicionalmente a los aliados.

Te llevaré conmigo.

El acorazado Agamenón llega hasta el Palacio de Dolmabahçe. El palacio, que domina el paso marítimo del Bósforo, contempla la llegada de la flota.

Para pasar del lado asiático al europeo el abuelo se puso un abrigo largo y un sombrero alto.

Las casas habían colgado banderas griegas, francesas, británicas, italianas. Las mujeres cristianas lanzaban flores a los soldados. Los hombres echaban sus sombreros al aire.

Nuestra historia radioactiva.

Mientras, los musulmanes hacían silencio detrás de la ventanas. Ningún dosimetrista midiendo el grado de ira en cada silencio.

Cuando las camellas de diez meses sean abandonadas, cuando los mares entren en ebullición, cuando se interrogue a la víctima.

El rosa es blanco adentro.

Voy con su blanco adentro de mí no a buscar huesitos. Voy con su blanco a buscar a un hombre.

Doblemente en mí; su miembro, su lengua.

Se creía que el intercambio de alientos era fundamental para la procreación. Saliva y aliento, además de esperma. El enfriamiento de la lengua en el momento en que acaba.

La flota Agamenón y la condena a los cabecillas del Comité para la Unión y Progreso por las miserias de la guerra.

Pero los cabecillas se habían escapado.

¿Qué distancia hay entre el Mar Negro y Berlín?

El triunvirato huye en un buque hacia Odessa.

Nuestra historia radioactiva.

Arde la ira por la fuga del triunvirato.

Se crean los tribunales militares.

Las decisiones se divulgaron por la gaceta oficial del Imperio.

El abuelo lee la formulación de los cargos.

¡Por las que galopan, jadeantes, que hacen saltar chispas, que aparecen en el alba y levantan una nube de polvo y, en su centro, atraviesan los grupos enemigos!

El bienestar del país dependerá de la aniquilación. Eso decían. De eso se los acusaba.

Me envía una foto de Frida Kahlo y de Andrés Rivera. Una foto del museo que visita. En la imagen, Frida, Andrés, y él en el reflejo del cristal. Él, Velázquez y el punto ciego del deseo ¿A quién mira esa foto de Frida y Andrés estampada sobre su reflejo? En contorno de su cuerpo capturando la imagen, mirándome mirar, él es el pintor y el rey. Está reflejado y me mira mirar mientras fotografía.

Me muevo ante la foto como el prisionero de una película. Soy él delante del vidrio. Atrás. Solo él detrás del vidrio. Le pido que se abra la blusa, yo-

el prisionero. Ella no quiere. Le ruego. Chupo el vidrio, su contorno. Él Frida, y él, el rey de Velázquez en ningún cuadro. Él como la mujer del prisionero, él, no su cara, él su miembro que beso detrás del vidrio.

Toco el vidrio como si las manos vieran.

Las manos no cortan, despedazan.

La pena capital.

En las actas escritas en turco otomano, la pena capital.

Todavía el visir, todavía el sultán sentencia a muerte en rebeldía al héroe de Galípoli.

Cuando las camellas de diez meses sean abandonadas, cuando los mares entren en ebullición, cuando se interrogue a la víctima.

Me besa, me muerde. El diente dibujando una avidez en mi labio.

Toco el borde del labio, toco su hambre ¿De quién es el surco de sangre, apenas?

Nuestra historia radioactiva.

Mehmed VI, el último sultán, partía rumbo a Malta.

Añadirán: si hubiésemos escuchado o razonado no estaríamos ahora entre los huéspedes del fuego.

Me acerco. Desajusto su cinturón. Me dice que está lastimado, mordido.

Acá, me indica.

Paso mi lengua , despacio.

Un guerrero arremete exagerando, si no no vencería.

Un guerrero arremete aislando, si no se dejaría distraer.

Salto. Aislamiento. Exageración.

Obediencia.

Y en todas partes el eco de una rabia que es una orden: ... “Ya verán lo que significa reclamar reformas”.

El abuelo tenía esa frase tatuada en sus oídos. Se la habían tatuado en la aldea, antes de alistarse.

Y no era exageración.

Lo siento mi niño, lo siento.

La voz de ella propagándose.

Viento en el fuego.

Aunque ya no seas mi niño, lo siento. Corrí por miedo. Por miedo la aguja de tejer, la aguja de acero. Por miedo cavando adentro. Lo siento haberte nacido. No haber cavado más profundo, más hacia los lados. Haber dejado caer la mano y apenas sangre. Lo siento en las facciones tuyas donde me encuentro.

Así me escribe la abuela lo que se pronuncia en mis manos. Yo, no ella, pidiendo: lo siento.

La línea del mentón. Su rostro, mi sumisión. Yo respondiendo a su rostro. Mis manos haciéndole el amor a ese borde del rostro mientras su miembro detrás del salto, la exageración; adentro.

La Gran Muralla china construida como protección al salto, la exageración de un grupo de nómades, de pastores que trasladan ovejas o carneros, luchando contra los pueblos a su paso; las planicies fértiles de China.

¿Dónde construiremos nuestra gran muralla?

Una vida monótona, suelta a lo largo de los caminos en búsqueda de agua. Tiendas o casas rodantes tiradas por búfalos donde vivía Ghengis Khan. No eran los persas, no eran los árabes con sus palacios de Bagdad. Una práctica vida nómada.

Déjalos que coman y disfruten, que la esperanza de los bienes temporales los distraiga, que pronto sabrán la verdad.

Cuelga o levanta una casa en alto de manera que queda sostenido desde arriba por algún punto. Yo.

Yo el jinete me aseguro el caballo sobre las piernas con los brazos al aire.

Cuelga. Levanta. Cesa. Interrumpe.

A galope.

El caballo galopa a tres tiempos. A galope, la línea del caballo se altera desde atrás hacia adelante. Así, el jinete yo debo adaptarme a esta alteración del nivel del caballo y absorber el movimiento saltado. La cadera debe empujarse hacia adelante. Las piernas largas, con la pierna interior sobre la cincha y la exterior ligeramente atrasada. Sin encogerlas con las riendas bastante sueltas. Sin estribos. Utilizando solo las piernas. Como si éstas estuviesen cortadas.

Asegurar y afirmar al caballo en el galope.

Salto. Aislamiento. Exageración.

Obediencia.

Comed todos los frutos, de su vientre sale un licor de distintas clases: en él hay un medicamento para los hombres.

Cuando Gabriel dice: lee; no hay ningún libro que leer.

Lee el mundo.

Lee la salida del sol.

No hemos aniquilado a ninguna ciudad a menos que tuviese un libro reconocido.

Osmán Gazi, fundador del imperio, establece su capital en Bursa. La ruta de la seda y la ciudad donde no buscaré al hijo de la abuela.

Me aconsejan tomar un barco o ir en tren. Me llevará todo el día pasar de Estambul a Bursa. No tengo tanto tiempo. Hay mucho por recorrer, pienso, todavía. Saco un boleto para conocer el palacio que construyó el armenio Karabet.

Pájaros, flores, dragones. Medallones, rosetas, coronas y el Corán escrito a mano en las paredes. Pisos de nogal y roble. Alfombras y cortinas. Candelabros. Vasijas de cristal y plata.

El último de los sultanes abandona el palacio, se refugia en Malta. Muere en San Remo.

La Asamblea Nacional le remueve el título al último califa y se lo obliga al exilio en Suiza. Muere en París.

Salto. Aislamiento. Exageración.

Obediencia.

Los candelabros azules del hammam y los mármoles transparentes de Egipto.

Le miro los omóplatos, ese hueso grande, triangular y plano. En el dorso lateral del tórax, entre las costillas. Y mientras lo miro un líquido, un fluido transparente desemboca en un vestíbulo. Una eyaculación no de él adentro mío; yo.

Comed todos los frutos, de su vientre sale un licor de distintas clases: en él hay un medicamento para los hombres.

Las mujeres del serallo podían ver las celebraciones religiosas a través de unas ventanas dispuestas en el corredor.

La oveja que han comido ha sido amamantada por una perra.

No muestren sus adornos más que a sus esposos, o a sus padres, o a los padres de sus esposos, o a sus hijas, o a los hijos de sus esposos, o a sus hermanos, o a los hijos de los hermanos, o a los hijos de las hermanas, o a las mujeres, o a los esclavos que posean, o a los varones de entre los hombres que carezcan de instinto.

Cuando Gabriel dice: lee, no hay ningún libro que leer.

Lee el mundo.

Lee la salida del sol.

Lee el mundo, lo ordenado, lo esparcido.

Respiro el aire que sale de su boca. Como si hubiera dejado de respirar, exhala e inhala dentro de mi boca. Cubrir enteramente su boca como si estuviera ahogada. Él sopla el aire de sus pulmones. Yo estoy a la orilla de ningún mar. Con el volumen suficiente para hacer que el tórax se eleve. Hay pulso pero respiro solo por su aire.

...a los varones de entre los hombres que carezcan de instinto.

Una viña que crece sobre una tumba. Con eso sueña la abuela. Un salto un aislamiento una exageración.

Cuando sostengáis, pues, un encuentro con los infieles, descargad los golpes en el cuello hasta someterlos. Entonces, atadlos fuertemente. Luego, devolvedles la libertad, de gracia o mediante rescate, hasta que cese la guerra.

Se duerme pero me lleva del cuello. Desnudo me lleva. Los brazos por debajo de mis axilas, ahogándome en un mar de aire. Él luchando contra las olas, me arrastra hasta la orilla de su piel, empuja con sus brazos hacia afuera. Yo no resisto. Es el aire, o las olas del aire hacia la margen derecha del Río Rojo, a una distancia de mil ochocientos kilómetros al norte. La Indochina francesa, su capital. O la capital de Vietnam del Norte antes de la guerra, ese dragón que alza vuelo. Una ciudad entre dos ríos. Una Vietnam imperial. Nombres esculpidos en estelas sobre tortugas de piedra.

La mujer de los trigres negros lucha en la guerra americana, cuida de los hombres. Se afeita la cabeza como señal de duelo.

Un sendero de la selva. El fuego cruzado y yo que no escucho a la abuela decir: lo siento, lo siento. Yo que encuentro las agujas de tejer y la sangre seca.

Si te desmienten, di: me pertenecen mis actos y a vosotros los vuestros. Vosotros sois irresponsables de lo que yo hago, pero yo soy irresponsable de lo que hacéis.

Un lingüista va al frente sirio, lucha contra los ingleses. Un lingüista que sabe inglés funda la Asociación Lingüística Turca, edita la enciclopedia, modifica la lengua; cambia el alfabeto árabe por el latino. Hakob. Dilachar. El que abre la lengua, Hakob, el armenio, lo llamó Atatürk; padre de los turcos.

Salto. Aislamiento. Exageración. Obediencia.

Ella quiere que él se muera adentro de ella.

Ella es mi abuela.

Tengo miedo de que se muera mientras hace el amor.

¿Tengo miedo o deseo de que se muera mientras hace el amor?

Ciertamente que nuestra palabra, cuando queremos la creación de algo, consiste en decir: Sé, y es.

Cuando un miembro es muerto no se dice: la sangre de Hovhannés ha sido vertida, se dice, nuestra sangre ha sido vertida.

La abuela murmura: tú eres el hueso de mis huesos y la carne de mi carne.

Compartir la comida con dios.

Dicen: lo que hay en el vientre de los animales de estos rebaños es puro para nosotros, varones, pero está prohibido a nuestras esposas.

Un clan.

Cada uno como fragmento de una vida común.

Una comida compartida.

El vino que han servido procede de una viña que crece sobre una tumba.

La oveja que han comido ha sido amamantada por una perra.

Las mujeres, luego de dejar las mesas, se deshacen de la trenza antes de pasarse la mano mojada por los cabellos.

Dicen: lo que hay en el vientre de los animales de estos rebaños es puro para nosotros, varones, pero está prohibido a nuestras esposas.

No besarlo. Chuparle debajo de las encías. Rodeo el cuello de los dientes con mi lengua, el sellado que protege el hueso. Tiemblo al roce de eso que parece la boca de un niño, y no; sus dientes apretados entre mis labios; yo, chupándolos.

La tierra entera es mi mezquita.

Los pastores de camellos, aquellos que heredaron el alfabeto que se escribía de derecha a izquierda. Un alfabeto de consonantes.

Los pastores de camellos comen una torta de sémola mezclada con té de menta mientras escuchan la música del láud.

En el año 726 León III quitó la imagen de Jesús de la entrada ceremonial al gran Palacio de Constantinopla, la reemplazó por una cruz.

Las miradas no le alcanzan, pero Él alcanza a las miradas.

Confiscaron la platería eclesiástica, las telas del altar, los relicarios dorados con figuras religiosas.

¿Dónde? le pregunto. ¿Estás ahí? le pregunto. Me penetra a mí, toda fuera de mí como estoy.

Nacimiento, cópula y muerte.

Eso es todo.

Esto es todo.

Mi hambre.

Vos. Un tríptico donde se plasmaba una narración bíblica. No a la manera de una historieta, sino sobre tres pantallas donde los relatos transcurren a la vez. Como las fotografías de los luchadores de Muybridge, las figuras llegan a un alto grado de distorsión hasta el límite en el que no pueden reconocerse.

Un escenario limpio y asfixiante.

La Roma de Augusto. El siglo de oro de Bagdad, desde el golfo Pérsico al océano Atlántico. Y en todos lados, la muerte aplazada de Scherezade.

Camino por las calles de Estambul buscando en los rostros al hijo de la abuela. No en los rostros, debería hacerlo en la sangre. Indagar ahí. Verterla.

Porque cuando un miembro es muerto no se dice la sangre de tal ha sido vertida, se dice nuestra sangre ha sido vertida.

Desinventar una familia.

Medirla.

Ir a un banco, dejar una muestra, esperar.

Calcular la probabilidad.

Desconocer lo lento, el movimiento que dura más de una generación.

La abuela murmura: tú eres hueso de mis huesos y carne de mi carne.

La víctima.

Veinticinco mil genes codificantes.

El ritual sobre el daño, la identificación.

“El señor, Dios de Israel, ordena lo siguiente: cíñase la espada y recorra todo el campamento de un extremo al otro, y mate al que se le ponga enfrente, sea hermano, amigo o vecino”

El hombre se colocó a sí mismo en la posición de cordero, para sacrificar y para consumir.

Compartir la comida con dios.

Pronto se me hizo evidente obtener y almacenar las muestras de familiares. Cuando digo muestras, digo sangre.

Apropiados.

El devenir libro de dios. Un libro dictado por el ángel.

La abuela no era libre como no es libre el cuerpo que no está expuesto a decir lo falso.

¡Lee! fue la primera revelación.

Lee; no un sometimiento, una conversión.

Hovhannés cambia su apellido. Una supervivencia para el sometido y un eludir el asesinato masivo para los sometidos. Ésa es la libertad, la manera de decir lo falso.

La mezquita daba a una alcoba.

La tierra entera es mi mezquita.

La eliminación de los estambres de las flores para evitar que en un cultivo dedicado a la producción de semillas se crucen con otros.

La cicatriz que le queda a un animal o a un hombre que ha sido capado. Como un cuerpo no expuesto a decir lo falso.

Desconocer lo lento. No esperar.

Él, un huérfano. Él, un hijo mío, huérfano. Iza los gestos de su piel hasta el culo para que no vea en sus ojos al niño que busca una madre.

Cuando les pidáis un objeto a las esposas hacedlo detrás de una cortina.

El calendario comenzaba el año del exilio.

Ella recitaba el libro sagrado con la cabeza reposada en las rodillas, aún cuando estaba menstruando.

El velo que esconde, que separa.

Sus cejas dos huesos por encima de los ojos, con sus músculos y sus pelos; un velo.

El himen, un velo.

La que cree en él, la mujer amante niña, y la hija.

¿Estás ahí? Él responde: sí. Estás ahí; sí. Contame que estás ahí. Yo con un vestido azul entallado, un vestido enagua de los años treinta, ajustado al cuerpo con unas puntillas negras en el escote. Él sí, estoy acá, mientras mira el vestido subido por sobre la cadera, sus ojos sobre la piel, la tela, las puntillas, la piel. La ropa interior corrida hacia el costado, su saliva, su miembro, y yo: ¿estás ahí? Él: sí; gritando, cae. Cae casi sin respiración sobre el cuello, el inicio del pecho.

Las miradas no le alcanzan, pero Él alcanza a las miradas.

No te vayas sin matarme.

Sirope de savia de arce.

Y pronuncio un nombre y no es una llamada, es una oración.

Su nombre debe leerse con un gesto en las manos.

Hasta consumirnos.

Algo de sangre entre las piernas. Sus dedos abriendo eso que en los animales se llaman ancas, la parte posterior del lomo de una caballería. Entra, se mueve.

No puedo hablar, le digo.

No habléis.

¡Leé!

Bajo el altar del templo de Jerusalén, se creía que había un pasaje que llevaba al abismo del mundo donde descansaba una piedra.

El punto más profundo medido de los océanos. El sonido cavernoso de las profundidades oceánicas, la presión aplasante de su fondo.

El abismo actúa como caja de resonancia, amplifica los ruidos incluyendo ballenas, barcos e incluso tifones.

Lo veo caer. Veo el grito de un rostro enrojecido, sus ojos abiertos. Desde abajo, yo abismo, no puedo hacer nada para frenar la caída y temo el golpe.

¿Quién se desintegraría en este vuelo hacia abajo? ¿Él o las rocas en este abismo que soy?

El que cae y el abismo son un sonido.

¡Deja el mar abierto! Ellos formarán un ejército de ahogados.

Los franceses evangelizaban en el imperio. Ante la resistencia musulmana, quedaban los armenios.

Se acabó la harina, se acabó la religión, repetían en el pueblo. Las campanadas que llamaban a la iglesia no prometían fe, prometían pan.

El hijo de la abuela toca la puerta de la casa del arzobispo. Bautizame, le pide. Bautizame.

Ese rito central. Que lo sumerja. Que lo introduzca dentro del agua.

La inmersión, una cierta sepultura.

Bautízalo como al catecúmeno en la muerte de Cristo. Esos penitentes bajo el pórtico y la imposición de manos.

Bautízame, le pide, como si cavara en el agua, sepultara pecados en materia líquida.

Cuanto más lo miro, más me desacostumbro a él.

Le doy mis manos. Le ordeno: escupí. Él me mira. Escupe. Yo, con la mano de su saliva, tiemblo, busco en su miembro esa vena que crece. El pene tenso y él, me gusta cómo me acariciás. Me toma de la mano, me obliga a arrodillarme. Pone una almohada entre el costado de madera del diván y el pecho. Toma las piernas, las eleva. Cae mordiendo la espalda.

Ellos han encontrado extraviados a sus padres, pero ellos siguen sus huellas con afán.

Besa una lengua en el interior no de un labio. Besa con su saliva no mi saliva. Besa el agua donde no se desliza ningún hijo. Besa y mira como si al mirar el borde de las piernas mirase el nacimiento.

Y ahí, ya no mi cuerpo, ahí todo dispuesto en lo abierto, todo él. Una mirada sostenida sobre sus ojos y ningún grito diciendo: puje, puje. Sólo mi boca y el miedo de no poder hablar. Con mi boca gritando: toda tuya.

¡Deja el mar abierto! Ellos formarán un ejército de ahogados.

Lo miro y lloro.

Pero no es llorar, es hacer con los ojos una condena de la memoria.

En la antigua Roma se eliminaba todo cuanto recordaba al condenado. Imágenes. Monumentos. Inscripciones. Incluso se prohibía usar el nombre. Las estatuas del condenado eran destruidas junto con sus leyes, sus decisiones.

Una condena de la memoria.

Sepultar en el agua.

Lo contrario a una apoteosis.

Barrer todo recuerdo del condenado. Así Calígula, así Nerón, así Vitelio, así Licinio.

Más tarde se retocaban las fotografías eliminándose de allí a los personajes incorrectos.

¿Acaso hemos muerto más que de nuestra primera muerte?

Golpes de estado en las provincias orientales.

Abolir a las minorías.

La ingeniería social obligaba a deportar a los grupos potencialmente desleales.

Arrancar la maleza para que el jardín florezca más hermoso. Las políticas de población.

Ha creado los cielos sin que veas columnas que lo sostengan y ha echado en la tierra cordilleras para que no se mueva con nosotros.

Una humanidad dividida en naciones; una porción deglutida hasta que golpee hueso con hueso.

El tejido líquido de color rojo en los vertebrados, impulsado por el corazón, transporta oxígeno, alimento, desecho.

¿Sentís el olor a sangre?

Constatar lo turco en la sangre.

El olor de la sangre siempre es fuera del cuerpo.

Él le pidió que lo tapara: ¡tápame! ¡tápame!, le rogaba. Y Jadiya lo tapó.

Un imperio que se extendía en tres continentes comenzaba a precipitarse.

La condena de la memoria insiste.

Homogeneizar.

La sangre.

Cuando sientas olor a sangre, no será un turco.

El olor de la sangre siempre es fuera del cuerpo.

¿Acaso hemos muerto más que de nuestra primera muerte?

Luego de matarlo, le pusieron unos turbantes y trajeron algunas mujeres kurdas para que llorasen y se lamentaran sobre el abuelo.

El olor de mis vísceras en sus dedos.

Nuestras mujeres son campo labrado para vosotros. Venid, pues, a nuestro campo como queráis.

Cuento la historia de los cuerpos para nombrar algo de lo íntimo.

En el interior y bajo la piel.

No la calma, el auge, este adentro compartido.

Comulgamos, dos bautizados, dejándote mirar como la mirada de la virgen en las imágenes de la iglesia.

Al pedirle tu cordero para añadirlo a sus corderos.

Y si en lugar de sepultarlos en el agua, se les hiciera beber de ella. Sedientos bebiendo de un agua de río.

Leteo, un río. Se hacía beber de él a las almas antes de que reencarnaran de forma que no recordasen sus vidas pasadas.

El olvido.

Confiscar las casas, las escuelas, los templos.

Homogeneizar.

Plantar flores para

no sentir

el olor a

sangre

fuera del cuerpo.

Me paro frente a él. Tomamos un café recién molido, humeante. Me toco el hombro. Él mira mi mano, la dirección de mis dedos, esa caricia apenas entre el hombro y el cuello. Me dice: sí, estás ahí.

Desaparecía la música chillona y refulgente de árabes y persas. En su lugar, las bandas militares de Occidente.

Sos mía. Mía, hembra. Mía, puta. Mía, mujer. Tuya adentro le digo. Él pasa su lengua por mi lengua. Una electricidad.

Después, no podía hablar.

Si el mar fuese tinta para escribir las palabras, el mar aunque se le añadiese otro igual, se agotaría antes de que se agotasen las palabras.

Saca el miembro. Lo saca erecto. Lo toma en su mano. Golpea la abertura. La carne como tierra mojada que él golpea. Golpea como varas sobre alfombras en casas de Oriente. Él golpea, penetra. Y yo: hacelo. ¿Te gusta esto?, pregunta. Y mira con los ojos de la virgen en las iglesias, con esa mirada dejándose mirar.

Nunca fue tan dulce, le decía.

Un beso a tu boca con la boca llena de una blanquecina agua tuya como leche blanca de higos.

En las profundidades del cuerpo hay más cuerpo.

Salvar el contorno.

Una punta estirada hacia abajo.

Ojos en el vientre, en el oído. Dar a ver la traza de osamentas.

Los golpes de timbales del réquiem.

Partes limpiadas, barridas.

Un moledor.

Un tambaleo.

Salir con un latigazo de la línea frenética.

¡Desata el nudo de mi lengua!

Enjambres de átomos zumbando alocados carcomen la carne, agitan las pezuñas contra la hierba.

El herrero orfebre labra otra Troya.

¿Acaso nos habrán contagiado? Un tacto que viene con algo, que transforma, que influye. Un despedazamiento.

Pero en el principio dios era dioses.

¡Adórame!

Los curtidores tiran la piel del toro, hacen de ella una cáscara que se libera de la humedad y se seca al sol.

Entrenar la piel: bucear desnuda, apagar la luz, encerrarme a oscuras y reconocer mediante las manos.

Desollan a sus prisioneros comenzando por la espalda.

¡Desata el nudo de mi lengua!

Busco palabras como una manta para tapan el deseo en el abuelo. La sábana oculta la erección que se entrevé debajo de la tela.

Preguntará: ¡Señor Mío! ¿por qué me has traído al juicio ciego? Antes era vidente.

Expulsaban los músicos hacia Siria.

Las madres, esas reproductoras nacionales, estaban domesticadas a educar a sus hijos en turco.

Tomaban fotos de las niñas antes de que entraran a la escuela.

Antes y después.

La primera transformación ocurría en el cabello. Se cortaban las largas trenzas, se sacaban las babuchas.

Antes y después.

Acaba, apenas. Me muestra esa pequeña gota que va cayendo entre los dedos. Unta su mano, lleva su dedo al interior de mi vagina. Busca más de su espermia y más del untar

adentro.

¡Adórame!

El apóstol Bartolomé fundó el cristianismo en Armenia. Entonces, los sacerdotes paganos protestaron ante el rey Artashés. Éste los escucha, ordena que adore a sus ídolos. Bartolomé se niega y lo castigan. Desollado vivo.

Uno, le ata la pierna.

Otro, le arranca el brazo.

En las profundidades del cuerpo hay más cuerpo.

Una punta estirada hacia abajo.

Un moledor.

Un tambaleo.

Controlaban la vestimenta, la ley, la lengua. Esposaron las manos del abuelo a la espalda, al metal de una ventana.

Se llevaron toda la ropa. Tomaron la ropa interior de su mujer y la pusieron encima de su cabeza.

Encapuchado.

Una casi gelatina blanca en su cintura. ¿Yo o vos?, le pregunto. Yo, me responde. Mi avidez, mi hambre atraviesa el desierto y me grita: ¡bébelo! Como una piedra que destilara un agua que corre de un deshielo. No navegar por ese río; beberlo. Y mientras más lo bebo, él me toma más fuerte de la mano, más apretado. Apoyo mi rostro sobre su pierna. No me suelta.

Y me quedo así, medio dormida, sobre su pierna de guerrero griego. Siento algo caliente bajando, bajando. Como después del hijo, bajando.

Cae algo caliente como cuando los hijos.

Me toco.

Es agua.

Desmantelar el antiguo régimen.

Erradicar toda diferencia de una lengua no turca. Ningún texto publicado, ninguna música cantada, ninguna obra de teatro representada en lengua kurda, árabe, siria o circasiana.

Construir una memoria sobre los blancos.

En las profundidades del cuerpo hay más cuerpo.

Los golpes de timbales del réquiem.

Partes limpiadas, barridas.

Un moedor.

Un tambaleo.

El saqueo en los cementerios. Se robaban las piedras para usarlas en los pavimentos.

Construir una memoria sobre los blancos.

Nunca hubo ninguno.

Ningún armenio; ni vivo, ni muerto.

¡Desata el nudo de mi lengua!

Producir la memoria era producir olvido.

Incapaces de conservar o recuperar la vida anterior. Privados.

Este consentimiento de retirarnos y dejar espacio para Él.

Completamente.

En adverbio.

Esperma esparcido en su pelvis. Despacio, me dice. Shsh, me dice. Voy lamiendo su piel. Me detengo. Lo miro. Vuelvo a empezar. Él completamente adentro. Completamente entero.

Con todas sus partes.

Sin falta.

Enteramente.

A fondo.

Íntegramente.

De lleno.

Como las horas canónicas,

de las completas.

En las profundidades del cuerpo hay más cuerpo.

Salir con un latigazo de la línea frenética.

¡Adórame!

¿Dónde era la nación?

¿Cuándo fue la nación?

Producir memoria es olvidar.

La literatura impresa antes del año 1929 fue clausurada. Se destruían los libros, los manuscritos, los textos.

Tomaron la ropa interior de la abuela y se la pusieron encima de su cabeza.

Sentado, atado, encapuchado, contrastaba con el anguloso atletismo de los torturadores que estaban de pie.

¡Mete la mano a tu costado! Saldrá blanca, sin daño.

Una acción en proceso de ejecución sin determinación de persona ni de número, ni variable en la terminación para expresar el tiempo; la forma verbal durativa.

El gerundio de acabar. Atributo que responde a la pregunta ¿cómo estaba, cómo está?

¿Grité?

¿Grité mucho?

Gritaste.

Después de todo, ¿qué hay en un nombre?

El mundo moderno nació con la caída de Constantinopla.

La constelación árabe no tuvo mundo moderno.

Ese deseo se cumplía en la lengua única, orgullo de los nuevos inéditos.

Los libros en alfabeto árabe eran sólo piezas de museos.

Borrar el trazo árabe o persa.

Cada traidor debe saber que la tierra que fue regada de limpia sangre turca permanecerá siendo turca. Ése era el estandarte que apretaba el pecho de la

madre sustituta del hijo de la abuela. Apretaba y el niño chupaba. Una leche de guarnición militar.

Poner nuevos nombres a la estación de tren, al puente sobre el Eúfrates, a pueblos enteros. Producir el espacio.

Anatolia como cuerpo único.

A aquellos que trocan el error por la buena senda, el castigo por el perdón, ¿qué les hará ser constantes con el fuego?

No te pediré que me ahorques, le digo.

No sé si mi cuerpo siente tanto que quiere detener esta lava quemante, o si es que no siente más y busca que tus manos terminen con este refregarse, y me maten. No te voy a pedir que me ahorques, le digo, como si le dijera mirándolo fijo a los ojos: haceme un hijo; mientras grito su nombre, grito su nombre.

¿Cómo afirmar yo me acuerdo, cuando hay que inventar la lengua?

La prótesis del origen.

El cementerio kurdo en la provincia de Mardin fue destruído. Lengua de muertos. Una lengua poseída, bajo ocupación.

El pasado es un país diferente.

Y en el presente esta amnesia colectiva por la que algunos quieren recordar una historia que otros quieren olvidar.

Apostaron a que olvidarían.

Los que cumplen los pactos cuando pactan, los constantes en la adversidad, en la desgracia y en el momento de la calamidad, éstos son los veraces y éstos son los temerosos.

La lengua, una marca, una herida, una ofensa; la lesión.

Y yo oía su sangre, el zumbido de sus oídos.

El brazo se caía, la tos aún no le llegaba a la garganta, el aire que se iba, se iba, y él todavía ahí, o casi. Casi muriéndose, remolcado en huesos que se deshacían en mi mano, y mi mano fresca que lo acariciaba. No para

mostrarle dónde sino para retenerlo mientras su rostro, su frente se frotaba contra mi rostro. Un perro moribundo arrastrado en sus venas. Y el altar vacío, y mi mano fresca en su nuca intentando remontarlo, despegarlo del mar de coral donde se hundía.

Comed y bebed hasta que os parezca distinto el hilo blanco del negro en la aurora.

No te voy a a pedir que me ahorques.

El terror se ejerce al precio de las heridas que se inscriben directamente en el cuerpo.

La madre del niño, mi abuela, era iletrada. Su lenguaje era el de los dolores obstétricos.

A la abuela le faltaba un mar. Se enterró, como su lengua se enterró entre las piernas del soldado. Por eso ese niño, su hijo, el sin medida, el hijo que succiona los pechos de otra madre, es más turco que un turco. Vive en la desmezura, los extremos.

La abuela sabe que la lengua no es más que los celos desatados. Una vigilancia celosa se monta frente a su lengua herida.

No te voy a pedir que me ahorques.

A aquellos que trocan el error por la buena senda, el castigo por el perdón, ¿qué les hará ser constantes con el fuego?

Vigilantes celosos ante ese órgano móvil situado en el interior de su boca. Ese órgano impar, medio, simétrico que sirve para deglutir o hablar, y tiene hambre.

No cedas ante el rumor de la tierra suelta, lo que zumba de la tarde, ante ese polvo que se te pega a la piel.

Un perfume a madera. Él entrando saliendo. Levantándome las piernas, entrando saliendo, dándome a beber. Mirala, mirala. Mientras toma mi mano, la hace subir y bajar sobre su miembro. Adelanta su pelvis, la mueve hacia atrás. Acaba. Cae madera. Pedacitos, astillas de madera blanca sobre mi pecho. Paso los dedos por las astillas.

Comed y bebed hasta que os parezca distinto el hilo blanco del negro en la aurora.

Camino entre las calles sinuosas del Gran Bazar. Incienso, dulces, cafeteras, lámparas, pistachos. Retablos como matrices marinas o terrestres. Y allí donde vidrieras lustrosas muestran alhajas, yo veo alfabetos podridos, escrituras quemadas, detritos verbales. Los pasajes me llevan hasta la esquina de los libros. Sobre los estantes, textos en una lengua de cenizas, de larvas, de fetos. Abortos, demoliciones. Detrás de las túnicas y de las alhajas, todo está hueco, sólo una hoja de higuera sobre el sexo.

No te voy a pedir que me ahorques, le digo.

Matadlos hasta que la persecución no exista.

Vine a Estambul para buscar al hijo de la abuela. Un hombre que no sabe de su madre, ni de los celos en la entropierna de su lengua, ni de la vigilancia. Vengo a decirte que la pienses como la ausente. Ella es el desierto espacioso, un éxodo donde se vuelve furiosa, incluso buena. Te inventaría caminando hacia ella, despoblándola.

Las madres amamantarán a sus hijos dos años completos.

Los celos de la entropierna, de la lengua, de la vigilancia engegucieron a la abuela, a su clan.

Una tribu a la cual la matanza igualó, no tiene conciencia ni de pobre ni rico.

Busca unos almohadones. Me acomoda sobre el dulzor de las almohadas. Yo sobre el relieve de telas, boca abajo, y él diciéndome: toda mía.

Me abandono.

Vení, lavame, me pide. Lo sigo hasta la pileta. Agua caliente, agua fresca, mi boca. Afirma mis manos sobre el grifo, se toma de mi cintura, baja la cadera, empuja. Y sale. Agazapada, comienzo a frotarme sobre los azulejos. Sus ojos me preguntan, qué, qué, y se masturba. Tibio él, líquidamente dulce, blanco.

Lícita, la noche del ayuno, la visita a nuestras mujeres: ellas son nuestro vestido y vosotros sois su vestido.

Pensala como la ausente, le diría. Ella es el éxodo donde se vuelve furiosa.

Cruzo el desierto de Siria. Cincuenta días andando por Siria, Jordania, Egipto. Cincuenta días cruzando el Nilo, navegando. Busco tu miembro, los cincuenta días en el desierto, te digo. Siria y los restos de la familia que no encuentro. Vos, el desierto, los cincuenta días y los restos fosilizados, los restos hecho armas: tu pija que beso como buscando tragar los huesos molidos en una vía láctea. Y vos hondo, cada vez más hondo. En lo profundo llegás hasta los huesos. Y miedo cuando salís; tengo miedo de acostarme o de sentarme. Miedo de estar rota. Miedo de que tu desierto haya avanzado y se haya comido mis huesos. Salís. Tu carne empuja, no corta; empuja, no quiebra; empuja, tu carne; ama.

La soga, el nudo del propio velo.

Introducir el cuello en el nudo corredizo del lazo colgante.

Y balancearme.

Y balancearme como si la altura tuviese profundidad.

En el pueblo creían en una cabeza que tenía alas.

Esa mujer por las noches separa la cabeza de su cuerpo para salir volando, asustar y atacar. Tiene el rostro de una mujer joven, cabellos largos y grandes orejas con las que aletea.

Al amanecer, la cabeza retorna a su lugar.

Pero si echan cenizas en la tráquea no puede volver a pegarse al cuerpo y revolotea sin rumbo, hasta hallar otro ser al que unirse.

Por eso Hovhannés llevaba siempre algo de ceniza en el bolsillo.

¿Y si la abuela hubiese mentido?

No esta historia: un hijo suyo y de la daga. Un hijo suyo y de esa luna, esa mitad de luna sangrienta viviendo en el barrio antiguo de Estambul.

Otra narración.

¿Y si el hijo de la abuela fuera un hijo de su hombre y ya no ocultara el gesto violado, sino que deshiciera toda huella de un amor en susurro? Si no

hubiera dicho. ¿Si nunca hubiera dicho que había nacido un hijo que entregaría al mejor postor?

Una subasta.

Liquidar.

Ella.

La soga, el nudo del propio velo.

El cuello del útero en el nudo corredizo del lazo que cuelga.

Y balancearse.

Ella tan joven, tan de largo sus cabellos y sus orejas con que aletea.

Hovhannés busca ceniza en sus bolsillos. La besa con los besos de saliva encendida, de saliva encenizada en su tráquea.

Al amanecer, la cabeza de la abuela retorna a su lugar.

Ya entregó al niño.

Salve María.

Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. A ti te llamamos. A ti suspiramos, gimiendo y llorando.

Señora, abogada nuestra.

A ti.

Los desterrados.

Vuelve a nosotros esos tus ojos.

Se clava una aguja de tejer.

Desde el pubis.

Para deshacer la siembra.

La soga, el nudo del propio velo.

Cuando marchaban sobre vosotros por encima y por debajo vuestro, cuando las miradas desvariaban y nuestros corazones alcanzaban las gargantas, empezasteis a mal pensar.

Olor a sangre.

Fresca y todavía no seca. El olor a sangre del niño nacido, secándose en la frente.

No toda guerra es la guerra de la Independencia.

Movete, le digo. No la mano arriba abajo cubriendo su sexo. No la mano la velocidad impetuosa. La pelvis. Movete. Lo miro. Sentada a la altura de su sexo: levanto la cabeza, a los ojos. Su pelvis hacia atrás, hacia adelante. Su mano, su pelvis, su miembro cubriéndose descubriéndose. Lo busco con la boca. Él tira mi rostro hacia atrás. No puede parar. No para, la pelvis, la mano, el miembro.

Una fuerza como de pegar o de romper. Una fuerza mientras él acostado y yo balanceándome. El lazo. El cuello. Una fuerza que, antes de inundarme, me llena de deshacer. ¿Estás acá? le pregunto. Porque no él, las barrancas y cortes en la roca allí donde habitan las aves, los buitres que aletean y se abalanzan sobre el agua en sus costas acantiladas extendiéndose a modo de dedos hacia el mar.

Cada uno de nosotros tiene un sitio determinado, realmente, estamos dispuestos en fila.

Se escondió porque lo que abundaba era la delación.

El dedo que señalaba: allí una casa de armenios, allí una mujer preñada. El dedo, el índice apuntando el gatillo.

Pero la abuela había tragado esa saliva de cenizas. En su tráquea.

Cuando descienda a sus patios, ¡qué de gritos darán los advertidos en vano!

Ella, afeitada.

Ella, denunciada, huye. Si se queda, la detienen y no puede marcharse. Si se escapa, la capturan por presumirla culpable.

El color del vaciamiento.

La sogá.

El cuello del útero.

Salve María.

El esplendor depende del movimiento de quien observa.

Señora, abogada nuestra.

Para conseguir la evidencia del ausente es necesaria una alianza, un bolsillo con cenizas.

De repente la imagen cambia a lo borroso. El niño se disuelve como una niebla de azogue en dunas elevadas, fluidas y, sin embargo, pesadas.

Un sonido.

Una vibración en el aire producida por algo que roza.

Hovhannés pone sus manos en el bolsillo.

Busca ceniza.

El sonido duplica en pellizcos lo que aletea.

Cuando Hovhannés escucha, escucha huesos.

¿Te gusta? me pregunta

El vestido puesto. Los brazos sosteniendo el cuerpo sostenidos por el vano de la puerta. Los zapatos de tacones con bordados y cordones naranjas, azules. Y él desnudo y el vano de la puerta que no se empuja y resite.

Cuando descienda a sus patios, ¿qué de gritos darán los advertidos en vano!

Despacio.

Más despacio.

Él succionando los pezones y balanceándose, abajo. Yo debajo, lento; pienso en animales. En elefantes, en perros, monos. Me incorporo. ¿Cómo

te llamás? le pregunto. No responde. Insisto y comienzo a sentir un picor de ceniza en la garganta. Sh, sh, dice, sh, y pone su dedo en mi boca.

Me estiro hacia atrás. Tiro de la soga, el nudo del propio velo. Y grito. Cae una lágrima, aunque no estoy llorando. Él me mira con los ojos hacia lo que no se ve, eso que aletea. Caigo. Él con sus piernas abiertas y yo con la cabeza apoyada debajo de su miembro o sobre él.

Salve María.

Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Cuando llega el miedo los ves que te miran: sus ojos, desorbitados, dan vueltas como los de aquel a quien envuelven las sombras de la muerte. Cuando el miedo ha pasado, os hieren con sus lenguas aceradas, avarientos del bien que habéis abtenido. Ésos no creen.

Suaviza los huesos pélvicos. Suelta los ligamentos de la sínfisis pubiana, ablanda el cuello. Él todo mujer antes de su miembro, atrás. Él, el inicio corredizo de sus piernas.

En mi boca.

Cuando le digo devorar no pienso en deglutir, en tragarlo en el zarpazo de la lengua. Pienso en absorber por el vientre.

Lo haré hijo para mí.

Salve María.

Dios te salve.

Señora, abogada nuestra.

Muéstranos

el fruto bendito de tu vientre.

Si pudieras concebir algo tuyo dentro de mí, algo que no naciera al mundo.

Uñas, dientes, codos, rodillas, uñas, dientes, huesos. Pero la piel todavía no corta, no quiebra, no incrusta.

Huesos cubiertos de piel, y la piel que no corta.

Tu fascinación por lo que no reproduce; los desperdicios.

Como en acantilados tu semen corriendo allí donde ratas y ninguna ciudad.
Y vos empujado más adentro, y yo subiendo el lomo, doblando el espinazo,
bajando la cabeza hasta tocar el piso con el hocico.

Él golpea las nalgas con sus manos; intenta verse en alcantarillas, se pierde
tras unos lametones y olisqueos.

El macho la monta asiéndola de los hijares. Se dilata el bulbo del glande e
impide que salga. Desmonta a la hembra, girándose. No se separa hasta
después de unos minutos.

Sometió al mar para que comieras carne fresca procedente de él.

Sus manos de luthier, constructor de laudes. Limas. Gubias. Cajones. Limar
los contornos hasta hacer perder las astillas de la madera. Curvar esa
madera que ahueca. El calor sobre la superficie, la incisión para agujerear.

El paño del lustre.

La tinta.

Tensar la cuerda.

Sus manos en el lugar pausado de violines hacen un cuerpo que resuena.

La sombra no es ponerse a la caída de la luz. Es este movimiento sin
refugio entre sus brazos que ahuecan. Este todo afuera arrancado de raíces
destilando una música.

Él presiona mi cabeza con las palmas como si intentara juntarme.

Estamos hechos de restos de estrellas. Cuando las estrellas queman todo su
combustible se colapsan y sus restos se convierten en un vendaval. Somos
ese huracán de polvo estelar.

Así iba como ménades, jineteando panteras o con lobos entre los brazos.

*Son como una nube tormentosa del cielo: en ella hay tinieblas, truenos y
relámpagos; ponen los dedos en sus oídos por temor de los rayos.*

Cuando la abuela dejó al niño a la vera del camino para que cualquiera se
lo llevara, el niño se hizo el muerto. Despertó en él un instinto de presa que

intenta pasar desapercibido frente al predador. Actuó como se comporta el ratón que sabe que el gato come a su progenie viva, y se hace el muerto para no ser comido.

Para que perezca quien se condena a pesar de la prueba, y viva quien cree a pesar de la prueba.

Se acuesta a mi costado. Desnudo al costado de mi cuerpo desnudo. Busca mi entrepierna. Su mano ahí mientras me mira. Me mira mientras cava con su dedo el fondo de una tierra húmeda.

Cava despacio como si fuera un niño enterrando un animal vivo. Observa si el pozo es suficiente. Mira la tierra que no suelta al cavar. Vuelve a mis ojos. Corro su cara con mi mano, hacia abajo. Le pido que siga mirando las paladas de sus dedos mientras cava. Obedece. Y yo siento que nace aquello que entierra.

Partida de mí; nace.

Desearíamos comer de ella; nuestros corazones se tranquilizarían, sabríamos que nos ha dicho la verdad y estaríamos entre los testimonios.

Los dientes. La boca.

Un huracán que arrasara una ciudad. No la geografía de la ciudad, el pasado de la ciudad en sus piedras. Un huracán que devorara la huella del paisaje, desollara hasta consumir cada trozo de vida anterior.

Exterminar dice. Destruir todo lazo de ese cuerpo con su pasado.

Ser ahora.

Sometió al mar para que comieras carne fresca procedente de él.

El hijo de la abuela vive en la casa de los descendientes de Abraham, los descendientes del hijo de la esclava, de Ismael. Y pagan la limosna. Y ayunan. Y peregrinan. Y optaron por la huida.

Busca con su mano el interior de las nalgas. Busca, amasa. Sube la mano y me acaricia el pelo.

En el cabello, olor a excremento de perra.

Acordaos de cuando vosotros estabais en el lado más próximo, ellos en el lado más alejado y las monturas en lo más bajo; aunque os hubieseis puesto de acuerdo para atacar, hubieseis discrepado en el lugar del encuentro al ver el número de enemigos.

El santuario de piedra gris azulado con sus cuatro ángulos cubiertos de telas.

Y la pregunta del campesino que se acerca y grita: -¿infieles, tienen algún niño para vender?

Un túmulo.

Hacia abajo.

Galerías subterráneas construidas por varias civilizaciones como lugar de enterramiento.

Donde se está acostado.

Hacia abajo.

Los cementerios o las salas de baile para dar culto a los dioses de los muertos de los paganos.

Hasta allí penetra el eco de la pregunta: -¿infieles, tienen algún niño para vender?

Cuando la abuela escucha la pregunta piensa en el soldado romano que traspasó el cuerpo de Jesús.

Piensa en las piernas quebradas.

En los brazos quebrados, piensa.

En Longino y en la mirada al muerto y en la lanza.

El romano, al verlo muerto, le atraviesa una hoja afilada al costado de su cuerpo por donde salta agua y sangre.

La sangre le salpica los ojos.

¿Tienen algún niño para vender?

Y ella ofreciendo las lanzas. Y la sangre que salpica los ojos. Y yo hacia abajo buscando el sable en el lugar donde se está acostado.

Sostengo los testículos altos, redondos, duros. Avanzo con un dedo hacia atrás. Él no se resiste. Sigo lamiendo, preparo el almíbar. No me olvido del dedo que dejo avanzar hacia atrás. Una hendidura, apenas. Una depresión tibia, apenas. Al nudo orográfico de las paredes externas. Cada vez más tibio.

Él, tiembla.

Son como una nube tormentosa del cielo: en ella hay tinieblas, truenos y relámpagos; ponen los dedos en sus oídos por temor de los rezos.

Sobre el vientre, el miembro el útero y lo que aprieta intentando retener lo que no llega. Amordazando el pubis por el grito de ningún hijo.

Mi respiración se detiene en el interior de sus ojos. Cuando por fin puedo hablar, le pregunto: ¿qué hago? Él me calla. Toco su cara en un gesto de hacer una cruz, persignar la oración, el deseo, la súplica. Y como si él hubiera escuchado el rezo para el hijo, me levanta el torso, busca los pechos, succiona los pezones.

Ninguna leche le salpica los ojos.

Nadie interroga: -¿infieles, tienen algún niño?

La abuela se guardó unas monedas en el escote. Puso un precio por el niño. Luego, el dilema fue cómo ocultar el dinero.

Una medida justa ajustándose a mí.

Le pregunto si los hombres también sienten medidas. Sí, me responde; cuando se ajusta. Pienso en la aguja, el hilo; pienso que me cosería hasta ajustarlo, frotando su medida.

Acoplar.

Para cazar usaban instrumentos de piedra tallados con diversas formas como puntas que acoplaban a sus venablos o lanzas.

Acomodar.

Una pieza o un elemento de manera que se ajusten perfectamente, haciendo que parte de uno entre en otro.

Incorporar.

En transitivo el acoplamiento de la marea cuando la cara de un objeto astronómico apunta siempre a otra cosa. La luna con la tierra. El objeto acoplado, al rotar sobre su eje, demora lo mismo que para concretar la traslación en torno al otro de manera que siempre se observa la misma cara. Como la luna vista desde la tierra.

Al aparearse los animales se acoplan.

En todos los frutos puso dos parejas. Hace que la noche cubra al día.

Abro las piernas. Él adentro saliendo afuera. Busca mis pechos con su cara. Frota su cara en mis pezones como recién nacido. Como si no supiera succionar, todavía. Como si buscara ciego eso que le recuerda un alimento antiguo, lo buscara por el ritmo de un latido.

¿Cómo vamos a dirigir la palabra al niño que está en la cuna?

En el mismo momento que expulsaban al zar, del otro lado hacían lo mismo con el sultán. Barriendo esas costumbres que se extendían hasta la Alhambra, hasta Granada. El interior de las casas seguía siendo territorio sagrado. Aún se cumplían las reglas del saludo.

Una persona sola es la primera en saludar.

Quien vaya montado presentará sus respetos a quien vaya de pie.

El paseante, ante quienes estén sentados.

Un hombre armado, ante quienes estén desarmados.

El más joven debe saludar primero al de más edad.

Y cuando decide algo, le dice tan sólo: Sé, y es.

Mis manos sobre las de él. Le pido más mientras tapo con una mano sus ojos y, con la otra, me araño. Y en un movimiento de faldas de giradores vuelvo las manos sobre sus manos sobre el vientre. Llévatelo, le digo. Sacalo de ahí y llévatelo. Como si pudiera arrancar a un hijo que él insemna con sus manos y no hace parir; entierra.

Entro al baño. Veo algo carnesecino en la pileta. Dejo correr el agua. Pienso en el pedazo de carne que quedó entre sus dedos de comadrona.

La matronería.

La abuela fijó el precio lejos de la llevadora, de la vieja que en el camino la asistió al parto. La que hacía un nudo con un pedazo de su vestido. La que hizo un paquete con la placenta, y la tiró por ahí como ofrenda de comida a los hambrientos. Extrañó el olor a hojas de albahaca o de nardos para dejar de oler el perfume mareante a carne abierta ennegreciéndose.

¿Cómo vamos a dirigir la palabra al niño que está en la cuna?

En el calor del desierto ella escuchaba: ¡Oh, Señor! ¡Me purifico de esta impureza! Una voz alucinada que le traía el sueño de sentarse con otras mujeres. En el sueño se frota, se enjabona, se vierte agua caliente. Se desenreda el cabello, lo unta con agua de rosas y azahar. Luego se viste y vuelve a su casa. Se perfuma, se marca el contorno de los ojos y todo el mundo le dice: ¡Salud! ¡Bendito sea tu hammam!

La comadrona siguió su rumbo. Y ella con un pedazo de carne amoratada, casi en ahogo. Mejor, pensó; asfixiado no llorará.

Saltar.

Él y yo éramos los aviadores, dejamos la nave en el aire y saltamos. Él buscaba la pieza de tela, esa media esfera ligera sujeta al cuerpo. Buscaba la cuerda que, al soltarse de un punto, abría la media esfera, la tela. Y no.

El lanzamiento duró dos minutos y justo al final rodamos y caímos sin impactar de espaldas a ninguna red.

Tres mil metros de altura.

La nave que sigue sola.

Y los dos sin anilla de apertura ni arneses vamos cayendo juntos.

Uno en el otro.

Descendiendo.

¡Ha llegado la hora, se ha quebrado la luna!

Ella sueña con pasteles de hojaldre hechos de trigo, aceite y miel. Y una taza de kahve¹³, fuerte y amargo.

En la tierra hay parcelas vecinas, jardines de viñas, cereales, palmeras unidas por el tronco y sin unir, que son regadas con idéntica clase de agua, pero hacemos sobresalir a unas sobre otras en la comida.

Las órbitas de los satélites. El zumbido de los grillos. Un sistema de osciladores acoplados.

Electrones.

Cuerpos celestes.

Somos una máquina sincrónica. Piedras duras que no se pueden quemar y emiten una luz. Piedras calamitas. Hematites.

Calmos.

No en tiempo sucesivo. Sino sin tiempo.

Esto es agradecer. Él besándome arriba abajo. Él de rodillas sobre la alfombra, besándome. Yo hacia el diván, mi rostro sobre el tapizado, casi en cruz, si no fuera porque estoy de espaldas. Casi en cruz en el acero de su lengua que embebe de un agua, y limpia.

Esto es agradecer. Yo besándolo arriba abajo. Yo acostándolo sobre un colchón improvisado en el piso, beso más atrás más abajo y todavía no tan adentro. Ya será, me digo. Me extiende su brazo, me sube como quien intentara una compañía en la altura de la cruz. Abre la boca a mis tetas que cuelgan sobre su cara, su torso. Aprieta mi vientre líquido. Quizás orine aquí. Pero no. Él continúa moviéndome, desde mis muslos hasta su pubis. Grito. No es orín.

Di: ¡Nombradlos! ¿Le informaréis de algo que desconozca en la tierra o de algo que esté explícito en la palabra?

La abuela se ponía las monedas en la boca para que se le hiciera saliva en el desierto mientras apretaba las piernas. Tieso ahí entre los corredores de carne que presionan queriendo estrechar el muro.

Y la hipotética frase de Galileo ante el tribunal de la Santa Inquisición.

¹³ Del turco, café

Y sin embargo se mueve.

Casi ahogado y sin llorar y sin embargo. Un partidor. Y como una imagen en un espejo que se ve como si el objeto estuviera detrás y no frente a éste ni en la superficie, el no ahogado, el amorado que no lloraba, era vendido.

¡Parte de noche con mis servidores! Vosotros sereís perseguidos.

Aún allí, la oración. Un abrazarse, un consumarse en dios. Codo con codo. Juntos.

Las mujeres durante la regla no rezan.

Le ordenaron que diera su testimonio de fe. Ella puso sus manos entre los labios. Mostró la sangre.

Expropiar.

Devorar.

Hacerlo desaparecer.

Lo miro a los ojos. Empujo hasta que él ya no pueda verse. Paso las manos por su vientre.

Sangre.

Mía.

Les sacaban la ropa a los niños, las quemaban. Así se perdía la única información que restaba de ellos; se perdían los documentos cosidos entre las vestimentas o pegados a las plantillas de los zapatos.

¿Cómo imaginar una intimidad que no sea dolorosa?

Mausoleos.

Santuarios.

No seas como aquella que rompía el hilo después de haberlo hilado sólidamente.

En el centro del patio de la gran mezquita. La roca donde Abraham, padre de todos los judíos y todos los árabes estuvo a punto de sacrificar a uno de sus hijos. Desde donde se realizó el viaje nocturno.

Dieciséis ventanas abiertas en la cúpula y mosaicos con fondo de oro dibujando palmeras, uvas.

La oración en el patio los días viernes, con sillas y piletas para las abluciones.

Y esas torres con altavoces desde donde se llama a los creyentes.

Lee tu escrito: hoy hasta que tu propia alma te saque la cuenta.

Tragátelo, dice. Mientras más entra en mí, más: tragátelo. Y yo respondo con lo que me queda de boca. Él mira cómo desaparece en lo oscuro. Ciego allí.

Así me voy con él a esa mina de montaña donde se disipa, se entierra; donde se eclipsa por galerías horizontales excavadas en las laderas. Túneles, pilares, pozos. El miedo al derrumbe. No el miedo, él derrumbándose.

Las galerías socavadas en la ladera del monte. El espacio hueco bajo tierra desde donde los egipcios obtenían la turquesa. El pico y la maza para extraer la pólvora negra usada en Eslovaquia. Lo pierdo de vista en la profundidad de la gruta.

Ya no lo veo desde afuera.

Desde adentro.

Lo veo venir.

Ahí, es ahí cuando le pregunto: ¿quién sos? Porque él desapareciendo, él a quien conozco por la boca, deja de estar visible.

¿Quién sos?

Él, aún desaparecido, pone su dedo sobre mis labios.

El tiempo no avanza de la misma manera para todos.

No el calendario solar o gregoriano de la abuela. El niño se medía en un calendario lunar.

Cuando ya no es posible distinguir un hilo blanco de un hilo negro.

El día comienza a contarse después de la puesta de sol, y no a medianoche.

La abuela lleva un cordero o una cabra hasta la puerta de la casa. Toma el animal, lo mata cortándole la garganta. El umbral de su casa queda manchado de sangre. Reparte la carne entre los vecinos.

Hay algo que ver, y no ves nada.

Desenfocar.

Distanciarme.

Aparecida, la cabeza de San Juan Bautista cortada en un plato.

Un vestigio.

El cuerpo a la manera de jeroglífico o sueño convertido en manchas de sangre sobre el umbral de la casa de la abuela. O en una cabeza sobre la bandeja. La saturada llaga roja, intensa.

El hijo de la abuela habita su propia ejecución. Esa sangre coagulada de ella por el semen que cayó como guadaña.

Yo acostada. Él, a la altura de mi boca. Tallos como jazmines cayéndose en altura de las paredes del aire. Y el perfume carnosos que se precipita. Y mis ojos a la altura del tallo y su culo como pupilas diltadas de ojos ciegos.

La hija de Herodes al revés. Encontrarán a Juan el Bautista por Salomé, y por la cabeza de ella que cae.

Acaba; decapita.

Mi cabeza en la bandeja.

Después de la separación del cuerpo, la cabeza sigue teniendo algún grado de conciencia.

La rata demora cuatro segundos en morir una vez cercenada.

Las expresiones faciales cambian.

Las gallinas caminan veintiocho segundos luego de la decapitación.

La hija de Herodes, en la bandeja.

Tienen un plazo prefijado, y, vencido éste, no encontrarán refugio.

Ella le reza al oído derecho, no para que el niño se familiarice con la oración, sino para que la vean entregando la cabeza al calendario lunar.

Escucha que le ponen un nombre el séptimo día. Si hubiera sido mujer le hubiera puesto Jadiya, Fátima, Aisha o Mahhuba.

Busca un cordero. No en el umbral.

Ahora frota la sangre en la cabeza del niño.

Yo miraba hacia abajo hacia atrás. La cara casi entre mis piernas mirando hacia atrás, preguntándole: ¿puedo tocarte acá? Y acá, unas bolsas que el peso, cuanto más llenas, más las hacía subir a mis manos. Miro el movimiento. Ya no intento que vaya más y más adentro, busco esa contracción de la carne donde terminan las piernas, donde se inician, atrás.

¿Reís y no llorás y no permanecés cantando?

Estrías.

Redes tupidas de zarpazos.

Comer para ver.

El abuelo estrujaba el humor vítreo del pájaro entre los bordes de sus párpados. Hay que comer para que no te maten, le decían. No es que comían los pies y las manos del enemigo muerto. De sus vecinos, sus familiares.

Si comía las cejas, pensaba el abuelo, adquiriría el poder de no pestañear.

Comer lo manchado con la sangre que procedía de las uñas de las manos del aledaño, del pariente.

El abuelo bebe el agua de lluvia y todo lo que ha sido tocado por un rayo. Animales fulminados. Árboles calcinados. Se hace ungüentos. Así la eternidad entra en mí, pensaba. Poco a poco se convertía en cielo, en su guardián. Entonces, se acercaba una tormenta y se agitaba. Cada vez que el cielo empezaba a oscurecerse, él oscurecía.

Acaso esta tierra comenzó a despoblarse por todo lo que ha comido.

¿Estás acá? le pregunto ¿estás acá? Lo veo, pero lo toco esperando que su cuerpo hable.

¿Estás acá?

Todas las vírgenes sacrificadas de América dejan de susurrar. Un momento antes, se le corta la respiración y el monje detiene los cánticos para que todos atiendan la caída, y yo que decía: ayudame, ahora dejo de respirar, casi, y vos me sostenés de ahí o me empujás.

La erección de tus ojos.

Estrujar el humor vítreo entre los bordes de mis párpados. Comer para verte.

Confinadlas en sus habitaciones, golpeadlas.

Antes había comenzado un enfretamiento sin retorno. Un cambio

radical

profundo

permanente.

En el pueblo, antes gritaban revolución, y se armaban.

La abuela se toca el vientre. La abuela deja correr el agua y entra con un dedo a limpiarse adentro. Adentro donde ningún niño. La abuela con una triste ira: todo por esos desgraciados revolucionarios. Los músculos del cuerpo no se esfuerzan en salvar al hijo de la asfixia, le tiemblan los dedos de ambas manos incontrolablemente. Todo por esos desgraciados revolucionarios. Piensa mientras busca bridas en las manos, barrotes.

El abuelo fue capturado ocho veces.

Ocho veces fue liberado.

Capturado por pertenecer a una raza de revolucionarios.

Cortar el lazo.

Reagrupar.

Purificar.

Rientegrar.

Tengo alas tatuadas en el interior del vientre. Me subo a una silla. Me miro en el espejo del baño. Pongo las manos para sentir las alas adentro. Dibujo una forma de perfil, algo que parezca un niño. Me pongo de costado.

Inhalo.

Exhalo.

Exhalo llevando todo el aire al vientre. Miro cómo se llena. Bajo de la silla, la guardo. Me acomodo la pollera. Afuera, en la calle, hay una marcha de mujeres y hombres en protesta.

A quienes sean infieles se les confeccionará un vestido de fuego, desde su cabeza se les vertirá agua hirviendo con la que se licuará lo que hay en su vientre y en su piel.

Las esponjas marinas carecen de auténticos tejidos. Estos animales marinos atravesados por células flageladas tienen un sistema de poros, canales y cámaras que generan corrientes líquidas.

Se llena de agua y se hincha dentro de mí.

Tendrán azotes de hierro.

La masa porosa y elástica que forma el esqueleto absorbe el agua. Un cuerpo de fragmentos calcáreos o fibras de gran resistencia se entrecruzan.

La estrella de mar busca su alimento entre los arrecifes de coral, conduce su ingesta por medio de espinas. En fondos rocosos, en sustratos de piedra, habitan con sus prolongaciones, sus pinchos.

Se llena de sangre y se hincha dentro de mí.

La estrella de mar como una piedra afgana escucha todas las palabras antes de las palabras. Absorbe y estruja. Estalla. Resuena.

Desde su cabeza se les vertirá agua hirviendo con la que se licuará lo que hay en su vientre y en su piel.

El mundo atlántico de ejércitos, una herramienta, no una inspiración.

En la aldea se machacan los granos del café tostados con un repiqueteo.

En cuanto el agua empieza a hervir la abuela añade el fino polvo de café, luego aparta la vasija del fuego. De un pañuelo anudado saca un puñado de clavos y una pizca de canela, los muele; a continuación agrega el polvillo. Toma la taza en una sola mano y comienza a servirlo.

Por las mañanas tomaba un cuenco de yogur con unos dátiles, observaba a los camellos que nunca dormían.

El embarazo de las hembras dura doce meses y la época de cría coincidía con la primavera.

Todo es cuestión de memoria.

Evitar que se olviden de devorar o consumir al animal muerto, sacarlo del orden de la putrefacción.

Apoyar el diente sobre una pierna, morder, decir:

Soy jaguar; está sabroso.

La boca, una forma de medida.

Entra frotándose sobre las paredes. Como callejuelas griegas de casas azules, con apenas un espacio para hombres que caminan balanceándose, sosteniéndose de las casas a ambos lados; sale.

Busco abrazarme con la boca a ese adentro. Afuera. Pienso en las medidas que toma el paladar. La saliva calculando superficies. Blando en lo blando. Tieso entre la lengua como en corredores, caminos de arboledas altas con luces que apenas se encienden.

Sin medida, digo.

Los extraviaré, los tentaré, les mandaré cortar las orejas de las cabezas de ganado.

Las mujeres no rezan prosternándose como los hombres, sino que recitan arrodilladas con los brazos en cruz.

Te preguntan sobre la menstruación. Responde: es un mal.

En el desierto la abuela mira cómo las otras mujeres lavan los bebés con orina de camello, creen que así los protegen de las picaduras de los insectos debido al olor acre que desprende.

Tiene sed.

Imagina el sabor dulce de la leche de cabra. Aunque en el pueblo saben que la de oveja es más dulce.

Cuando el niño que entregó cumpla los tres años lo circuncidarán. Los amigos del padre acudirán llevando al hombro un largo fusil de chispa con el que probarán su puntería contra el cráneo del cordero sacrificado para la ocasión.

Apartaos de las mujeres durante la menstruación y no os acerquéis a ellas hasta que estén puras.

Le dije: miedo.

Vi su miembro desde abajo.

Vi el espesor.

Su color.

Le digo: miedo.

Él, entre el asombro y la fascinación, me pregunta: cómo.

Sus ojos brillaron.

Se levantó.

Me dio vueltas.

Shsh, me dijo, shsh.

La abuela se teñía los cabellos de azafrán. Recordaba el tiempo en que sentados con las piernas cruzadas junto al muro de la terraza compartían las frutas del verano.

Si habéis tocado a las mujeres y no encontráis agua frotaos con arena y lavaos vuestros rostros y manos.

Me sube a su regazo, comienza a acariciarme. Su mano. Dedos en bahías, aberturas, adentro. Dedos callados y yo arquéandome.

No permitas que te muerda. Mientras me sostengo las manos, los brazos, me ato los brazos con lazos de palabras para no morderlo. Como si los brazos, las manos, tuvieran boca, anunciaran el hambre.

Sentí los dientes de sus manos, adentro.

Él escupe sobre el pubis. Hace agua con su saliva, apaga las paredes quemantes. Y ya no sé si yo, o sus manos.

La abuela se palpa el vientre. Siente un olor parecido al vaho de agua caliente. Utiliza unas piedras para contener la sangre goteante.

Te preguntan sobre la menstruación. Responde: es un mal.

¿Por dónde empezar?

Ya casi nadie usaba fez. El sombrero cónico que permitía a quien lo llevaba inclinarse durante las plegarias sin caer cuando tocaba el suelo. La borla que estaba en lo alto, se pensaba, era para que el sol pudiera arrastrar al hombre hasta el cielo.

¿Por dónde empezar?

Un desastre vale más que mil consejos. Ésa era la frase que escuchaba de pequeña en la aldea.

Las piedras que utiliza le contienen la sangre y no ve a ningún hombre arrastrado hasta el cielo desde lo alto de su borla.

Ya han abandonado ese sombrero cónico.

Levanta las piernas. Yo con unas medias blancas. Entra. Se pierde ahí. Sale. Sube más las piernas. Me arrastra hacia abajo, luego hacia arriba. Entra. Se pierde. Sale.. Me ahueco. Veo su rosa deshacerse blanco entre el blanco de mis medias.

Abro la boca, él grita.

Tanzimat¹⁴.

La casa está en orden, escuchaba mientras escondía las piedras que contenían las manchas de sangre goteante.

¹⁴ Del turco, regulación y organización

Comité

Unión

y

Progreso.

En oden.

Le susurro: que dios te bendiga. Pone su cabeza sobre mi pecho. Le acaricio el cabello. Le canto:

Ruiseñor, vení a nuestro jardín,

traé el sueño a los ojos de mi hijo.

¿No ves, ruiseñor? él sigue llorando,

vos no venís, no venís.

Dejá tu nido, tu pichón.

Traé con tu canto el dulce sueño

a mi hijo.

¿No ves, ruiseñor? él sigue llorando,

no quiere estar de luto

por tu pichón.

Traé al halcón, su canto valiente

mi hijo quiere escuchar su melodía.

Fue entonces cuando mi hijo hizo silencio.

Mi hijo se duerme

con canciones de guerra.¹⁵

Tienen corazones con los que comprenden y oídos con los que oyen. Los ojos no están ciegos, son los corazones que se encuentran en los pechos los que están ciegos.

¹⁵ Fragmento de la canción de cuna armenia *Ari Im Sokhag*

Qué ciudad hemos devastado, se repetía el sultán inspirado en repoblar y embellecer.

Pliegue sobre pliegue, la Constantinopla que ahora es Estambul desempolvaba el arte del mosaico. Las figuras planas, rígidas, casi siempre de rostros estáticos. Sobre los muros, capas de revoque. Cal, polvo de mármol y paja triturada. Luego otra capa y sobre ella las teselas. Teselas doradas y sílice verdoso. Las paredes y los techos cóncavos de cúpulas se cubrían con millares de diminutas cerámicas vidriadas. La superficie despedía fulgurantes destellos a medida que el espectador se desplazaba.

“Creo en el espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo” se salmodiaba en Roma, mientras, en las iglesias orientales los sacerdotes oficiaban de pie. Arrodiarse era considerado costumbre pagana. Rezaban “creo en el espíritu Santo que procede del Padre”.

No puedo tener tanta sangre en mis manos.

El golpe.

La abuela excava adentro intentando exhumar esos huesitos sin dueño. Escucha; ¡nos convertiremos en musulmanes! ¡nos convertiremos en alemanes! ¡nos convertiremos en lo que quieran, sólo sálvennos! ¡nos llevan al paso de Kemah para cortarnos el cuello!

No me dejes, le digo; no salgas de ahí. Él frotándose, y yo: no me dejes.

¿Qué es medir?

El agrimensor.

No haré otra cosa más que contar cuál es la historia del cuerpo.

Él colmando la boca el vientre las vísceras. Sale. Voy al baño. Miro mi cara en el espejo; busco alguna marca. Me toco los pómulos, la garganta. Siento que no volveré a hablar. Que no podré, ya más. Sostengo la cabeza en los azulejos, miro alrededor, pienso: no podré hablar. No intento pronunciar sonido alguno. Muda. Como las mujeres mudas que quedan mudas, las empaladas.

¿Qué es el golpe?

La abuela sin la máscara de exhumar huesitos, presta los oídos

-Gavürlar¹⁶ ¿tienen algún niño para vender?

queremos comprarlos.

Un lote de niños: dos, tres y cuatro francos. Como muebles viejos a precios bajos, de uno a diez liras, o de una a cinco ovejas.

La caravana se detuvo frente al edificio de gobierno. Condujeron a los niños a unas habitaciones. La caravana siguió.

Luego los exhibían para que se los pudiera elegir.

El gobierno considera a cada una de las personas enviadas al exilio como fallecidas.

Ése era el decreto que se traducía como una carrera para saquear los bienes.

El golpe.

¿Qué es el golpe?

¿Qué te hará entender lo que es el golpe?

Sobre el escritorio. No el suyo. El escritorio donde hay cosas de mujer: un anillo, un esmalte de uñas, una caja de caramelos y un frasco vacío donde hubo una vela. Una bolsa con nueces, llaves.

Me tira sobre el escritorio de madera clara, escandinava. Aplasto las nueces. Él acomoda un almohadón entre la curva de la madera y mi vientre, empuja hacia abajo. Su toalla cae.

Pido una desesperación. Que rechace ese cuerpo afuera, prefiera ser comido.

Cuando el emperador bizantino solicitó protección para los cristianos de oriente se iniciaron las cruzadas bajo el himno: “renuncia a ti mismo, toma tu cruz y sígueme”

Como los hambrientos, nos ocultamos para comer.

¿Qué te hará entender lo que es el golpe?

¹⁶ Del turco, infieles, término utilizado en el imperio para referirse a las minorías cristianas

Es el día en que los hombres estarán como mariposas desorientadas y los montes como copos de lana cardada.

No haré otra cosa más que contar cuál es la historia del cuerpo.

En un tren. Yo quieta, adentro, y las imágenes de la ciudad moviéndose, afuera. El roce de las ruedas al hierro del riel. Y yo quieta y todo moviéndose, afuera. Se escucha la lengua de los países por donde paso. El ruido de la vajilla. La claridad, la oscuridad y la claridad. Y yo quieta y afuera todo moviéndose. Como si estuviera adentro de vientre de hombre. Yo adentro de él. Y él afuera moviéndose, y yo quieta.

Su agua en los rieles de carne adentro.

Y yo quieta.

Te haré mermelada de naranjas, dice. Me toco los pezones pensando en él llenándose la boca del dulzor ácido, la suavidad ambarina. El beso del pezón, su lengua y tiras de cáscara de naranjas en la boca. Yo hambrienta sostengo su cara con las dos manos, las manos atrás cerca del mentón. Casi le obligo a abrir los labios. Pongo mi lengua ahí, hurto las naranjas de su boca.

Cuidado y crianza.

Un imperio con más de seis siglos.

La ingeniería social.

Regalar niños para comprar la lealtad. Un soborno al pueblo.

¡Oh, el arropado! Incorpórate y advierte.

En la reubicación, pierden los derechos de posesión y disposición sobre los bienes. Se vendían los campos, los viñedos y las huertas a las sociedades militares.

Los objetos que no pudieron llevar consigo se venden. Los zapatos, las bufandas, las sandalias de cuero servirán como provisiones al ejército.

¡Id a la sombra de la humareda del fuego de tres columnas!

Un sol pintado entre los meses de mayo y junio de 1937, caliente, amarillo; narra. No hay soldados ni aviones porque no es una guerra. En blanco y

negro, el resto. Es sobre un mural cerámico y el sol arde. Hay un caballo agonizante y una mujer portadora de una lámpara. A la derecha, una casa en llamas con la mujer gritando y, a la izquierda, el toro y la mujer con su hijo muerto. Todo en triángulos. El triángulo del centro tiene como base el guerrero muerto y como vértice la lámpara. Seis personas, tres animales. Toro. Caballo. Paloma. El toro, de cuerpo oscuro y cabeza blanca, está aturdido. La lengua de la mujer es afilada como un estilete, y sus ojos tienen forma de líquidos. Él no tiene la mano extendida, el otro brazo sostiene una espada rota y una flor. El caballo tiene la cabeza levantada y la boca abierta de donde sobresale la lengua que termina en punta. Y hay una mujer arrodillada que se acerca a una yegua para descansar de sus heridas. Un hombre implora. No es el Goya del tres de mayo de 1808. No es Madrid. Todos somos nosotros.

Nosotros, el piso, destrozados mientras le digo: decime que sos vos, te voy a morder hasta acabarte.

Soy yo, dice, soy yo.

Si tenés una treta, medila contra Mi.

El golpe.

¿Qué es el golpe?

¿Qué te hará entender lo que es el golpe?

El amigo Dikran intenta matar al sultán. Y los comandantes militares le dicen a los soldados: háganle lo que quieran.

El diente rozó tu piel. Un momento, un solo segundo en que fui consciente que estabas en mi boca y podía morderte. Te cuidé de mí. Guardé el filo de los dientes detrás del labio. Espero que te sobresaltes; pero no.

Podría lastimarlo y no lo advertiría, pienso.

Quizás espera que lo lastime.

No haré otra cosa más que contar cuál es la historia del cuerpo.

No ha engendrado ni ha sido engendrado.

El centro del imperio era el Palacio de Topkapi, vasto en extensión, pero no en altura. Patio con pabellones, algunos de ellos muy intrincados, llamados kiosco.

La decadencia del Mediterráneo, la escuela femenina del harem y la técnica del terror recuerdan el año 1492 cuando los judíos españoles se refugiaban con los otomanos.

Capas sobre capas sobre capas.

Por la noche permanece poco en pie: la mitad de la noche o quita un poco o aumenta un poco.

El ritual del apareamiento. Un remover de ciento cincuenta vibraciones por segundo. Un jaguar mientras exhalo, un ruido con rápidos temblores de los músculos de la laringe que se dilatan restringiendo la glotis a gran velocidad. O una vibración palpable en el corazón cuando los músculos comprimen el flujo de sangre. Le grito que me ayude, le pido la mano.

Piensa que es ternura.

No.

Con las manos atadas no podré arrancarle los ojos. Porque no sé qué de esta medusa que soy quiere cavar en sus ojos, desarraigarlos, descuajarlos, y que ya no pueda ver el enceguecimiento mío.

Capas

sobre

capas

sobre

capas.

Los monumentos tenían la inscripción: “Christos Basileus”

Cristo, emperador de Bizancio.

Capas

sobre

capas.

Monedas de oro en cuyo anverso acuñaban la efigie de Cristo.

El emperador de Bizancio,

Cristo.

Ésta es una generación desaparecida; tenga lo que adquirió y tened vosotros lo que adquiristeis, no se os preguntará por lo que hacían.

Él abarcándome como contener o comprender una cosa dentro de sí lo que se expresa.

Él abarcándome como alcanzar o dominar. Como ceñir o rodear.

Y yo las mujeres del Greco, una gama de colores buscando los contrastes. Entre el rojo anaranjado, el amarillo, el verde, el azul y el rosa. Una figura alargada que manifiesta el estupor y la adoración.

Capas sobre capas sobre capas.

Levitando, la falta de espacio tiende a impulsar los cuerpos hacia lo alto, provoca una sensación de ahogo.

La composición agobiante de una huida hacia arriba.

¿Qué haría el bendito cuando se viese desollado y desnudo?

Y su mujer acarreará la leña teniendo en el cuello una cuerda de filas.

Un mar volcado en mi mar sin derrame.

Ni una gota afuera.

Es un lago, mil novecientos treinta metros sobre el nivel del mar. Un lago de altitud, de promontorios. ¿Cómo se mantiene quieta el agua allá arriba?

No se caen esas aguas; son tragadas por las montañas.

A quienes no crean, los dejaré disfrutar un poco, a continuación los forzaré a sufrir el castigo del fuego.

Esto es lo que se sabe.

Como si se fuera a romper todo adentro. Él estallándome.

Luego me miro, y no.

El día en que las dunas sean desparramadas.

¿Por qué creo que me romperé, cada vez?

Tu miembro deshace todo resquicio de memoria.

Sus espadas, dagas y puñales eran más afilados y más hermosos que los de otros pueblos.

Las armaduras, la artillería y el fuego líquido.

Le hubiera dicho: lastimame.

No le digo. Temo su miedo.

Lastimame para saber hasta dónde. En qué borde la piel.

No le digo: lastimame.

Me acerco a su cara. De cerca, a sus ojos. Quiero lamerte ese iris verdoso.

No le digo: para saber si estás ahí. Para entrar a tu cuerpo que está dentro de mí.

Y ser leal a tu vientre.

Ésta es una generación desaparecida, tenga lo que adquirió y tened vosotros lo que adquiristeis, no se os preguntará por lo que hacían.

Si cierro los ojos tengo miedo de que te vayas.

Los hijos abandonados en los árboles no volvieron a cerrar los ojos nunca más.

Yo cierro los ojos sólo ante el roce de su miembro, su miembro que deshace todo resquicio de memoria.

Cuando los abra ya no recordaré quién, dónde.

Me repetiré a mí misma:

Esto es lo que se sabe.

Esto es lo que se sabe.

¿En qué relato, después de esto, creerán?

